
PQ 6549
.N7 V5
Copy 1


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

LA VILLANA DE ALCALA.

Besanzon. — Imprenta de Roblot.

LA HISTORIA EN ACCION.

LA VILLANA DE ALCALÁ

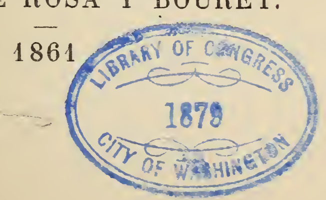
POR

JULIO NOMBELA.

1ª. SERIE. — LA CASA DE AUSTRIA.



PARÍS,
LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.
1861



A LOS LECTORES.

La época que hemos escogido para trazar sobre ella los cuadros de los libros que ya hemos publicado es una de las mas interesantes de la historia de España.

Realizada la unidad monárquica por el enlace de los Reyes Católicos, en lucha la nacion española unas veces con los Franceses, otras con los Italianos, figuró en primer término y preparó el esplendor del siglo que

debia producir dos reyes como Carlos V y Felipe II.

Antes de bosquejar á estos dos monarcas, antes de describir su época, queremos dar á conocer algunos de los episodios que precedieron al reinado del nieto de Isabel.

La dominacion de la casa de Austria no empezó verdaderamente hasta la coronacion de Carlos V, pero nosotros al comprender en los cuadros que ya hemos presentado la de los Reyes Católicos y la de Juana la Loca y Felipe el Hermoso, hemos querido preparar á los lectores para que puedan apreciar mejor los siglos XVI y XVII, que en la presente novela y en las demas que irán apareciendo trataremos de describir con todas sus grandezas y sus debilidades.

LA

VILLANA DE ALCALÁ.

CAPITULO PRIMERO.

LA VELADA DE SAN JUAN.

Desde tiempos remotos se celebra en España la fiesta de San Juan Evangelista.

La noche que precede á este solemne dia pertenece á los jóvenes, que la pasan en vela entregados

á los placeres del baile y de la música, ó consultando sobre su porvenir á esos profetas misteriosos que crea la imaginacion popular, y que ofrecen á su alma ó la alegría de la esperanza ó la tristeza de una ilusion perdida.

Recorred hoy los pueblos de Andalucía ó de Castilla, buscad á los sencillos aldeanos en la noche de la víspera de San Juan, cambiad su traje, y podréis asistir á las escenas que vienen repitiéndose desde tiempo inmemorial.

Esta noche de velada es casi siempre una noche serena, tranquila y apacible; las flores que produce la estacion en que se halla, embalsaman la atmósfera; la brisa es suave, el azul del cielo es purísimo, ostentan las estrellas toda su melancólica claridad; y la luna, como si tomara parte en la alegría de todos, brilla con mas fulgor que nunca, y presta sus encantos al cielo y á la tierra.

La velada de San Juan del año 1508, en el que da

principio nuestra historia, fué una copia del cuadro encantador que acabamos de trazar.

Nuestros lectores tendrán que acompañarnos hasta Alcalá de Henares, donde habitaba á la sazon un honrado labrador llamado Lorenzo Cantillana, hombre que siempre habia vivido en el temor de Dios, y que habia sostenido con el sudor de su frente á su esposa, y á una hija que el cielo le habia dado por toda descendencia.

Esta honrada familia, muy estimada del vecindario de Alcalá, era feliz.

Lorenzo cultivaba una heredad que poseia en la demarcacion de la ciudad, su esposa le cuidada, le hacia la comida, arreglaba su casa y educaba á su hija con ese instinto que tienen las madres, cualquiera que sea su condicion, para enseñar á sus hijos los medios de alcanzar en esta vida los premios que conceden la laboriosidad y la virtud.

No contaban con grandes recursos, pero el tra-

bajo les proporcionaba lo suficiente para atender á sus necesidades, y se consideraban muy dichosos al estar reunidos en torno de la pobre mesa, testigo del amor que mutuamente se profesaban.

Lorenzo y su mujer eran los padres mas afortunados de Alcalá, ó por lo menos ellos se lo creian así, pues que su hija Baltasara estaba dotada de una belleza singular, de una humildad y una virtud poco comunes, y de una inteligencia superior que la separaba elevándola de las demás jóvenes de su clase.

Todos elogiaban las cualidades de Baltasara; los padres la citaban á sus hijos como modelo, los aldeanos la respetaban estimándola, y ni siquiera la envidia de las muchachas de su edad que no eran tan hermosas como ella se habia ensañado en la hija de Lorenzo.

Desde muy niña habia aprendido la doctrina en un convento de monjas Trinitarias, y las Madres la habian enseñado á hacer primores de labor.

A medida que habia crecido se habia hecho mayor su fama, y hasta acudian de muchos pueblos de Castilla señores y villanos á admirar á la jóven.

En el año 1508 cumplió diez y ocho años; y en la noche de San Juan, cuando todos los jóvenes de Alcalá, reunidos en diversos grupos, cantaban ó bailaban, ella se hallaba sola en la ventana de su casa que daba vista al campo.

La noche era apacible, y al dirigir una mirada al cielo, hubiera dicho cualquiera de esos agrestes habitantes de las campiñas y las montañas que era la media noche.

En torno de la casa de Lorenzo reinaba un profundo silencio, turbado solo por el lejano eco de los rumores de las fiestas y los cantares que entretenian á los mancebos y á las mozuelas de la ciudad.

Baltasara, como hemos dicho, estaba sola: sus padres dormian tranquilamente.

Los rayos de la luna, reflejándose sobre su rostro, hubieran permitido á un observador leer en el semblante de la jóven los sentimientos que la dominaban.

Sus ojos tenian una expresion melancólica, estaba distraida y parecia olvidada de una flor que sujetaba en su mano derecha, y á la que seguramente se habia propuesto preguntar el destino que la estaba reservado, porque Baltasara, á pesar de su inteligencia, era jóven, necesitaba creer mucho y esperar mas; abrigaba todas esas ilusiones que acompañan al alma desde los quince á los veinte años, y era supersticiosa como lo es el amor, como lo son todos los sentimientos de un corazon apasionado.

Con efecto aquella noche se habia negado á concurrir á las fiestas á que la habian invitado sus amigas, habia querido quedarse sola, y consultar á la flor delante del cielo sobre ciertos temores y ciertas esperanzas que llenaban su imaginacion.

Por eso, despues de haber visto acostados á sus padres, subió al desvan en que habitaba, abrió su ventana y se dispuso á satisfacer sus dudas, á calmar sus temores; pero al encontrarse sus ojos con el grandioso cuadro que presentaba la naturaleza, al abismarse en lo infinito de aquel cielo sin límites, de aquellos horizontes sin fin, al cruzar sus miradas con los melancólicos rayos de la luna, no pudo menos de olvidarse del presente para recordar el pasado, y en vez de preguntar á la flor los misterios del porvenir, lanzó un suspiro de tristeza y se quedó durante mucho tiempo como absorbida por una idea.

Para comprender sus pensamientos, seria preciso saber su historia, y aunque no tardaremos en describirla, todavía no queremos separarnos del primitivo cuadro que hemos trazado.

Baltasara saliendo de su meditacion, deshojó la flor, y colocando las hojas y el tallo sobre el pretil de su ventana, despues de permanecer un instante

contemplando aquellos despojos, se retiró á su lecho y despues de rezar se durmió.

Al mismo tiempo habia en Alcalá otro corazon tan triste como el de Baltasara, aunque por distintos motivos.

Este corazon era el de un jóven labrador muy rico, que enamorado y próximo á realizar sus esperanzas de felicidad, sabia que habia ganado la obediencia, pero no la voluntad de la mujer á quien habia ofrecido el dulce nombre de esposa.

Lejos tambien como Baltasara del bullicio y de las fiestas, sentia en su alma un terrible tormento.

Estaba apasionado de su prometida. Temeroso de escuchar de sus labios una negativa, y no pudiendo vivir sin su amor, habló á sus padres; y estos, al comprender que era un jóven honrado y el heredero de un rico labrador, aceptaron gustosos sus ofrecimientos y pidieron á su hija que los aceptase.

Se concertaron las bodas, y debian celebrarse el dia de San Pedro, pocos despues del de San Juan.

El jóven experimentó una alegría inmensa, pero la primera entrevista que tuvo con su prometida, heló su corazon.

Era la hija obediente, no la amante.

— Seré fiel, le dijo, sabré respetaros, pero no me exijais que os ame.

Todas las ilusiones del mancebo se trocaron en una tristeza profunda, pero ya habia dado el primer paso y no podia volverse atrás.

Amaba á la jóven de tal manera, que la aceptaba sin el premio de su cariño.

Ella por su parte le habia pedido en nombre de la tranquilidad de sus queridos padres, que no les confiase las palabras que para no engañarle le habia dicho.

En esta situacion embarazosa, una y otro tenian en su alma una melancolía inexplicable.

Francisco, que así se llamaba el jóven, abandonó su hogar y anduvo errante toda la noche buscando en su imaginacion un medio de ser feliz y de hacer dichosa á la mujer que absorbia sus pensamientos.

Al dia siguiente Baltasara se levantó muy temprano del lecho, abrió su ventana y fué á ver si la flor que habia dejado destrozada se hallaba como si sus manos no hubieran arrancado sus hojas y cortado su tallo, en cuyo caso hubiera renacido la esperanza de la jóven.

Por desgracia la flor no habia vuelto á su primitivo estado, y esto anunciaba próximas desventuras.

Al mismo tiempo sus miradas se hallaron con las de un mancebo que estaba al pié de su ventana.

Era Francisco.

¿Qué motivaba la tristeza de los dos jóvenes?

CAPITULO II.

HISTORIA DE BALTASARA.

Nuestros lectores saben ya que la jóven era hija de Lorenzo, y que vivia honradamente al lado de sus padres, pero no conocen su historia íntima, y esto es lo que vamos á revelarles.

Desde los diez á los quince años asistió todos los dias á un convento de monjas á aprender la doctrina.

En este tiempo su carácter se hizo reflexivo, y como su belleza se aumentaba y á ella se unia su juicio, comenzó á ser notada y á andar en boca de la gente, que no hacia mas que tributar elogios á la jóven villana.

El interés de su historia comienza poco despues del dia en que cumplió quince años.

Era el otoño : su padre, ocupado en las faenas de la vendimia, habitaba en el campo una pequeña choza que tenia en su heredad, y la madre de Baltasara iba todos los dias á llevar la comida á su esposo, dejando sola á su hija en su casa de Alcalá.

Un dia habia sonado el toque de Oraciones, y la madre, que acostumbraba á volver mucho antes de esta hora, no habia regresado todavía.

La ansiedad de la jóven comenzó á ser cruel, y no pudo menos de asomarse á su ventana con la esperanza de ver mas pronto á su querida madre.

Pasó una hora y nada, no volvia.

Las campanas de un convento vecino anunciaron la hora de las Ánimas.

Baltasara no pudo contener sus lágrimas.

— Dios mio, se dijo, ¿qué habrá pasado?

De pronto oyó que daban dos golpes en su puerta, y creyendo que podria ser su madre quien llamase, corrió á abrir, y al mismo tiempo, dominada por su emocion, extendió sus brazos para recibir en ellos á la que con su ausencia la habia hecho sufrir tanto.

Su sobresalto fué grandísimo al ver que en vez de entrar su madre, entraba un hombre á quien nunca habia visto y que por su gallardo continente

parecia pertenecer á una de las familias hidalgas de la ciudad.

— Perdonad, Baltasara, la dijo con mucha cortesía; cuando sepais á lo que vengo, cesará el sobresalto que mi presencia os causa.

La jóven no supo qué responderle, ni qué partido tomar en aquella inesperada situacion.

— Aguardábais á vuestra madre, ¿no es verdad? la preguntó el caballero.

— Sí... dijo Baltasara con ansiedad; ¿la habeis visto? la ha sucedido algo?

— Tranquilizaos: está buena, hace un instante la he dejado en la heredad de vuestro padre; pasaba por allí, y el honrado Lorenzo me ha detenido para suplicarme que viniera á advertiros que vuestra madre, fatigada y algo indispuesta, no podria volver, que fuérais á reuniros con ellos, y que os acompañase si por miedo á la noche dudábais en dejar vuestra casa para ir al lado suyo.

— ¿No me engañais?..... añadió Baltasara; mi madre ¿está indispuesta solamente, ó la ha ocurrido una desgracia que quereis ocultarme? decídmelo por Dios.

— Vuestra madre desea veros, repuso el caballero queriendo indicar con su laconismo que la jóven no debia detenerse en cumplir las órdenes que en nombre de sus padres la habia comunicado.

Asustada Baltasara...

— Pues bien, iré con vos, le dijo.

Una sonrisa maliciosa apareció en los labios del caballero.

— Cerrad bien vuestra casa y venid conmigo, os llevaré en la grupa de mi caballo.

Baltasara no sabia explicarse la extraña emocion que se habia apoderado de su alma.

Creia que su madre estaba amenazada de un

gran peligro, deseaba verla, estrecharla en sus brazos, prestarla cuantos auxilios necesitase; y al mismo tiempo un inexplicable temor, un presentimiento la hacia sentir alejarse de su casa y marchar á la ventura guiada por un desconocido en medio de una noche oscura.

El caballero al verla detenida y presa de la duda:

— ¿No amais á vuestra madre? la preguntó.

Baltasara, herida por la sola sospecha de falta de cariño hácia la autora de sus dias:

— Vamos, dijo..... no hay nada que no arrostre por ella.

El caballero y la jóven salieron á la calle, y montados los dos en un caballo de color negro reluciente, partieron á galope por los campos.

— La heredad de mis padres, dijo Baltasara despues de haber andado cerca de media hora, no

debe hallarse lejos. ¿Tardaremos todavía mucho tiempo en llegar?...

— Sí, contestó su guia, tardaremos mucho.

Estas palabras helaron la sangre de la jóven: se acordó de la Vírgen, y la pidió en el fondo de su alma que velase por ella.

El caballo volaba... el cielo estaba cubierto de densas nubes... ni una estrella... ni un fulgor se veia!

— Señor... señor, ¿á dónde me llevais? preguntó Baltasara.

— Al lado de vuestra madre.

— Pero ya estamos lejos... muy lejos de Alcalá... hemos pasado la heredad de mi padre... ¿quién sois? ¿porqué me habeis sacado de mi casa?

El caballero guardó silencio: la jóven no pudo contener el llanto.

De pronto se detuvieron, y en medio de la oscuridad de la noche descubrió Baltasara un gigante edificio que se levantaba ante su vista.

Era un castillo, porque oyó el ruido de las cadenas del puente levadizo que se bajaba para abrirles paso.

Baltasara se desmayó, y no volvió en sí hasta que algunos segundos despues la hicieron respirar un pomito de éter.

Al abrir sus ojos se halló en un aposento adornado con mucho lujo, é iluminado por dos lámparas de acero pavonado.

Estaba en un sitial, y habia á su lado un jóven cuya dulce mirada inspiraba confianza.

— ¿Dónde estoy... y mi madre? se atrevió á preguntarle.

— No tomais nada, la contestó el jóven... os hallais en el castillo de un poderoso señor que os ama

y que desea poseeros; pero la Providencia me ha colocado al lado vuestro, sois pura, sois un ángel y velará por vos.

— ¿Y mi madre?...

— Vuestra madre ha sido detenida al volver á su casa de la heredad, pero ya se halla en libertad, y únicamente sufrirá no encontrándoos donde os dejó al salir esta mañana.

Baltasara sintió que se le oprimia el corazon.

— ¡Oh! sacadme de aquí, le dijo... os lo suplico en nombre de vuestra madre.

— Y decidme, ¿si os libro del peligro que os amenaza, me dejaréis que os vuelva á ver, seréis mi amiga?

— Sí... seré vuestra hermana.

— Pues bien, quizá me costará la vida salvaros; ¿qué me importa? ¿confiais en mí?

— Sí... sí... os creo mi salvador.

— Entonces solo un recurso nos queda. El señor del castillo no vendrá aquí á buscaros hasta mañana; partamos esta noche.

— Ahora mismo.

— Ahora mismo no puede ser; es preciso ganar á algunos de los criados. Un ancho foso rodea al castillo, y para traspasarle necesitamos apoderarnos por grado ó fuerza del centinela que guarda el puente. Esperadme en este aposento, no temais, y dentro de poco estaré á vuestras órdenes.

El jóven salió, y Baltasara quedó sola.

Aquella soledad la daba miedo y se puso á rezar. Entre sus oraciones se mezclaba un pensamiento que, sin que ella pudiera explicarse porqué, la consolaba, la prestaba valor y la devolvia todas sus esperanzas.

Este pensamiento era el del jóven á quien habia encontrado á su lado al volver de su desmayo. Ha-

bia sido el ángel de su guarda, y de él esperaba todo su bien.

Tambien pensaba en su madre, y el deseo de volver á abrazarla, de contarla todos los riesgos á que habia estado expuesta, la daba nuevo ánimo.

El jóven llegó : era ya media noche.

— Seguidme, la dijo... no os asusteis por nada, que no se escape un solo grito de vuestros labios, sea lo que fuere lo que veais, y el premio serán los brazos de vuestra madre.

Baltasara se dispuso á seguirle.

Abandonaron el aposento, caminaron por anchos y oscuros corredores, y al fin se hallaron en una puerta estrecha, á cuyo pié habia una escalera por la que descendieron.

Al concluir de bajar, abrió el jóven otra puerta y se encontraron frente á un pequeño puente que estaba levantado.

— Por vos, la dijo el jóven, voy á desafiar el peligro. Os he visto y al veros he sentido hácia vos un inmenso cariño; salvaros es mi mayor deseo, alcanzar vuestro afecto mi mas dulce esperanza. Ánimo, y dentro de poco estaremos en Alcalá.

Se adelantó algunos pasos y vió que dormia el centinela que guardaba el puente. Ató sus manos con gran cuidado y echó el puente.

— Venid... venid, dijo á Baltasara... un caballo nos espera al otro lado del foso.

La jóven le siguió maquinalmente, y apenas habian montado en el caballo, cuando llegaron á su oido las campanadas de alarma que el centinela, despues de haber roto sus ligaduras, dió para anunciar que el puente habia sido violado.

Baltasara y su salvador se entregaron al caballo que volaba, y poco á poco fueron perdiendo los rumores y el toque de la campana del castillo.

Llegaron á Alcalá y descendieron del caballo á la puerta de la casa de Lorenzo.

— ¿Cómo os llamais? preguntó Baltasara al jóven al despedirse de él.

— Ya lo sabréis, porque volveré á veros : ahora solo os suplico que penseis en mí alguna vez.

El jóven cogió su mano y besó su frente. Baltasara se despertó.

Estaba en su aposento, y los labios de su madre reposaban sobre su frente pura.

— ¿Te he despertado?... la dijo la pobre mujer.

Baltasara se levantó, pasó los índices por sus ojos, y miró con extrañeza á todas partes.

— ¿No acabo de llegar? preguntó con voz tímida.

— No, hija mia: yo soy quien ha llegado hace

un instante; un poco tarde porque me he detenido con tu padre, pero no tanto que no haya podido estar al lado tuyo mientras dormias.

— ¿He dormido yo?

— Cuando entré estabas en ese taburete recostada sobre la mesa.

— ¿No ha venido á sacarme de esta casa diciéndome que fuera á vuestro encuentro, no me ha salvado un jóven de un inmenso peligro, no me ha devuelto á vuestros brazos?

— No, hija mia, no: acaso habrás soñado.

— ¡Ah! suspiró Baltasara; ¿porqué me habeis despertado tan pronto?

Con efecto habia soñado, pero de aquel sueño quedó en su alma un recuerdo que fué cambiándose en deseo y que alimentaba una esperanza de ventura.

Al despertarse tenia en su corazon el gérmen del

amor. Amaba al jóven que la habia salvado, y la gratitud era el principal elemento de su naciente afeccion.

Desde entonces la sorprendió su madre muchas veces en esa dulce distraccion que absorbe el pensamiento de las jóvenes, cuando en la primavera de su vida sienten nacer en su alma esa flor que perfuma su existencia, que las encanta con sus colores, que las incita á amar, porque esa flor purísima es el amor.

Ella que siempre habia sido amable, cariñosa, complaciente, huia de todo el mundo, tenia momentos de mal humor en los que nada la calmaba, y era que perseguia un fantasma, que sus deseos se estrellaban en la nada, era que comprendia una inmensa felicidad de la que no disfrutaba.

Pasó un año; y un dia, al salir de la iglesia despues de haber oido la misa, halló al volver á su morada á un jóven.

Las miradas de uno y otro se encontraron.

Él la miró con interés, con curiosidad, con admiracion; ella como se mira á una persona á quien en otro tiempo se ha conocido y á quien se vuelve á ver despues de una ausencia que ha costado lágrimas y suspiros.

Sin embargo Baltasara no habia tratado nunca mas que á sus padres y á las Madres del convento de Trinitarias, que la habian enseñado la doctrina.

Pero habia soñado, y aquel jóven habia sido su hermano en sus ensueños, ó por lo menos se parecia al que la habia salvado de la seduccion de su raptor.

Aquel dia estuvo muy contenta, porque al volver á su casa y al asomarse á su ventana, vió al jóven del encuentro que rondaba la calle mirándola con una expresion cariñosísima.

¿Quién era? ¿Habria él tambien soñado como ella?

Para contestarse á esta pregunta tuvo que aguardar algun tiempo; pero por fin un dia el jóven se acercó á ella, y la dió cuenta del sentimiento amoroso que habia despertado en su alma. Entonces fué cuando supo Baltasara que su sueño habia sido un presentimiento, que el jóven la habia visto por la primera vez al salir de la iglesia, pero que desde aquel instante no habia cesado de pensar en ella y de amarla con la pasion que su hermosura y su virtud podia inspirar á un hombre honrado.

Se cree con tanta facilidad lo que se desea, que Baltasara no dudó de las palabras del jóven, y como carecia de experiencia, en aquella primera entrevista, hija del acaso, confió al gallardo mancebo que la agradaba mucho estar á su lado, que sus palabras la conmovian, la interesaban y que participaba de la felicidad que, segun él decia, disfrutaba al amarla.

Quedaron en verse todos los dias al anochecer, y ella supo que su amante se llamaba D. Pedro de

Guevara, que era hijo segundo de una noble familia de Alcalá, que habia abrazado la carrera de las armas, que vivia separado de sus parientes, y que á pesar de la distancia de clases, que era un obstáculo para su union, la pediria á sus padres, se enlazaria con ella, y serian muy dichosos.

Si comprendeis lo que es amar y ser amado, no nos pregunteis si fueron venturosos los dos jóvenes.

Todas las noches, despues que se acostaban el bueno de Lorenzo y su mujer, ella se asomaba á su ventana, y él embozado en su ancho tabardo iba al pié de su reja, y muchas veces los primeros rayos del alba los sorprendian en esos momentos de felicidad que solo el amor proporciona á las almas.

Así pasaron algunos meses sin que se descubriera su secreto.

En ellos acabaron por adorarse, pero Pedro no podia pedirla á sus padres todavía, porque antes de

conocerla habia jurado ser fiel á un pensamiento político que se agitaba contra Castilla en Alemania; de un momento á otro, so pena de faltar á su honor comprometido, tendria que abandonar el suelo patrio, y no queria que la jóven se expusiese á los peligros que los lazos que le ligaban con la corte de Austria podian ocasionarle.

¡Cuántas veces lloraba por haber empeñado su palabra en un momento de ambicion y de disgusto contra los hombres que dominaban en el suelo que le habia visto nacer! Luchaba entre el deber que le imponia su compromiso y entre el amor inmenso que le inspiraba la villana, que cada dia descubria á sus ojos nuevas virtudes, nuevas bellezas, y que cada dia que pasaba le aprisionaba mas y mas en sus brazos con las cadenas de su amor.

Pedro de Guevara habia servido al archiduque, le habia acompañado á Flandes, allí se habia mezclado en las intrigas que la corte alemana, codiciosa del mando de la de Castilla, tramaba continuamente;

al volver á tomar posesion de su herencia el archiduque, al verse rey de España, lo dejó en Flandes, y cuando Felipe el Hermoso falleció, su padre Maximiliano le envió al lado del Rey Católico para que espiase sus actos y le diese cuenta de todas sus intenciones.

Pedro de Guevara habia manchado por tanto la pureza de su alma con la miseria de las ambiciones políticas, y era en el mundo un conspirador.

Pero se habia regenerado con el amor de Baltasara, sentia sus pasados extravíos, y su único deseo era el de libertarse de sus obligaciones para consagrar su existencia por completo á la jóven villana.

La confesó sus culpas y la dijo :

— Déjame que me ausente por un poco de tiempo. Iré á Alemania, me arrojaré á los piés del emperador, le pediré que me liberte de mis compromisos, y con la conciencia tranquila y el corazon limpio

volveré á tu lado digno de tí, para que no nos separemos nunca.

Esta ausencia costaba mucho trabajo á Baltasara, pero estaba dispuesta á consentirla por el bien de su amante, fiada en su promesa.

Convinieron en que estarian separados dos meses.

Con lágrimas y con sollozos se despidieron, jurándose mil veces eterna fidelidad, y un dulce beso sancionó el contrato que en aquel triste instante celebraban sus almas.

Pedro partió y Baltasara quedó con la esperanza.

Pasaron los dos meses, pasaron cuatro, y ni él volvia, ni ella tenia ninguna noticia que pudiera calmar su ansiedad.

La ahogaba su pesadumbre, y no podia confiarla á nadie, porque nadie sabia aquel lazo que unia su corazon al del ausente.

Esperó un año en vano.

Trascurrió otro entre temores y esperanzas, y tampoco volvió su amante.

¿Habria muerto? ¿Se habria olvidado de ella? Nada sabia, y se hallaba en un estado de desesperacion indescribible.

Por entonces un jóven labrador de Alcalá, hijo de una honrada familia y muy rico además, se enamoró perdidamente de la jóven y la pidió á sus padres sin consultarla, temeroso de que un desprecio de ella le arrebatara para siempre el sosiego.

Nuestros lectores saben lo demás, porque este jóven era Francisco, y comprenderán su tristeza.

Baltasara, sin olvidar á Pedro, pero no queriendo desobedecer á sus padres, iba á unirse para siempre con un hombre á quien estimaba, á quien quizás hubiera amado, pero á quien no podia entregar su alma porque su alma era de Pedro, y aunque en

muchos momentos le culpaba, acababa por perdonarle y por pensar que él sufriria tambien si es que la muerte no los habia separado hasta la eternidad.

Francisco por su parte, subyugado por su pasion, habia pedido á Baltasara; sus padres protegian esta union, la deseaban; su hija se habia mostrado obediente, y aun cuando él conocia que era mas sumision que afecto lo que obligaba á su prometida á aceptar resignada aquel enlace, no podia volverse atrás, primero porque la amaba demasiado, despues porque su honor y su palabra estaban comprometidos, y Francisco era capaz de hacer toda clase de sacrificios antes de oscurecer con la mas leve mancha el brillo de su honra.

Por eso su tristeza era profunda y sin consuelo.

El plazo señalado á su boda habia sido el dia de San Pedro, y aunque ya estaba próximo, todavía Baltasara tenia la esperanza de que llegaria su

amante antes de que ella se viese precisada á olvidar todos sus pensamientos de felicidad.

Hemos dicho que al levantarse muy temprano el dia de San Juan y al asomarse á su ventana, lo primero que halló la jóven fueron los suplicantes ojos de Francisco.

CAPITULO III.

UN HOMBRE DE BIEN.

— Baltasara, la dijo, si quisieras hablar conmigo un solo instante, te lo agradeceria. Tus padres lo consienten, ¿porqué no bajas?

Baltasara, conmovida por la tristeza con que se

expresaba la voz de Francisco, accedió á sus deseos y bajó.

Los dos comenzaron á caminar por una campiña que se extendia en frente de la casa de Lorenzo.

Despues de un largo espacio de silencio, Francisco, tímido como lo es el amor al principio, se atrevió á pronunciar algunas frases.

— Baltasara, la dijo, se acerca el dia de nuestras bodas, tus padres y los mios están muy satisfechos, nuestros amigos nos preparan regalos para manifestarnos su alegría, todo sonrie, y cuando todo parece convidarnos á gozar, solo tu alma y la mia se hallan tristes, solo tú y yo sufrimos... ¿porqué, dí, Baltasara? ¿Qué hemos hecho para no ser tan venturosos como los demás seres que nos rodean?

— Francisco, yo nací con mala suerte, respondió Baltasara, y has hecho mal en desear participar conmigo de mis penas.

— Pero porque eres desgraciada ¿no me tienes al menos amistad? ¿Qué te sucede?... ¡ah! por Dios, Baltasara, confíame tus pesadumbres. Yo te amo tanto, que por tu bien sabria sacrificarme.

— ¿Sé yo acaso lo que me pasa? repuso la jóven al mismo tiempo que una lágrima ardiente abrasaba sus pupilas.

— Sí, tú lo sabes, y te suplico que me lo digas en nombre de mi tranquilidad. Tus padres me han otorgado tu mano, tú misma has aceptado mi cariño aunque no con amor, todo está dispuesto para nuestras bodas, yo cifro en nuestra union mi única dicha; pues bien, una palabra tuya será bastante para que yo renuncie á mi felicidad, para que me separe de tí si así lo quieres, para que sea tu esclavo, para que te obedezca como un niño. No te importe mi sacrificio: mas sufro todavía cuando te veo doliente, y no sé qué motiva tu pesar, cuando deseo consolarte y no puedo, cuando en cambio de mi cariño

me ofreces un silencio profundo, una indiferencia que me mata.

— Perdóname, dijo Baltasara tendiéndole su mano.

— Habla, habla, por Dios.

— ¿Porqué quieres saber un secreto que te haria sufrir aun mas de lo que sufres?

— Porque tal vez podria entonces aliviarte y no afligirte como ahora.

Baltasara se disponia á confesarle sus amores con Pedro de Guevara, sus juramentos, sus esperanzas, pero de pronto se detuvo.

— No... no, repuso, mi secreto te haria padecer mucho, y si me amas, en nombre de tu amor te pido que no me lo preguntes nunca.

Yo procuraré estar siempre contenta, yo seré fiel á las promesas de fidelidad que te haga ante el al-

tar de Dios. Eres bueno y mereces el premio. Dentro de cinco dias seré tu esposa, ¿no te basta que acepte de buen grado tu nombre y tu fortuna?

— ¡Ah! Baltasara, dijo Francisco estrechando su mano, necesito creerte, porque al oirte hablar así soy muy feliz.

Cuando se ama se está dispuesto á perdonar y á creer, porque la fe y el perdon engendran y sostienen el cariño.

Los dos jóvenes volvieron á la casa de Lorenzo.

El honrado labrador, que los habia visto alejarse, los esperaba á la puerta de su morada.

— Señor Lorenzo, le dijo Francisco, ya sabeis que de aquí á cinco dias es San Pedro.

— Tú crees que lo olvido, respondió el padre de Baltasara. Mi mujer ha estado remendando esta mañana el capotillo de los dias de fiesta para que

parezca nuevo, y yo dentro de poco voy á llevar al señor cura dos gallinas, porque es preciso tenerle contento para que os eche la bendicion en regla y la eche al mismo tiempo á tus tierras y á las de mi hija, á fin de que la cosecha y el casamiento sean del agrado de Dios. ¿No es esto lo que debe hacerse, hijos mios?

—Sí, padre, sí, respondió Baltasara fingiendo una satisfaccion que estaba lejos de experimentar.

— Vaya... anda, anda, añadió Lorenzo dirigiéndose á su futuro hijo, anda á oir misa, que hoy es San Juan, y por la tarde ven, que en casa del vecino van á armar baile, y yo quiero que bailes con tu novia; y tú, hija mia, adórnate para ir tambien.

¡Qué gozo el de un padre de una mozuela como esta! exclamó el pobre viejo dándola un beso... si casi da pena hallarse ya con un pié en el sepulcro... Pero no hay que pensar en esto, cada mochuelo á su olivo...

Francisco se marchó menos triste : Baltasara, al encontrarse sola en su aposento, no pudo menos de llorar.

Lorenzo fué á la iglesia á pedir al Señor que echase su bendicion sobre sus hijos.

Las bodas debian celebrarse el dia de San Pedro.

CAPITULO IV.

EL AUSENTE.

Abandonemos á la honrada familia de Alcalá para seguir en su viaje á Alemania al amante conspirador, á quien en vano habia esperado Baltasara.

¿Vivia? ¿Cuál habia sido la causa de su silencio? ¿Qué suerte le habia cabido?

Responderemos á estas preguntas que naturalmente se habrán hecho nuestros lectores.

Ya hemos dicho algo acerca del orígen de Pedro de Guevara y de los compromisos que habia contraido con la corte de Viena.

En aquel tiempo todos los intereses de la Europa estaban en desórden, y los soberanos reinantes parecian querer arreglar las cuestiones como el leon de la célebre fábula.

La Italia, como siempre, despues de su primitiva decadencia, despues de la ruina del imperio romano, despues que la ciudad de los Césares dejó de ser la universal dominadora, fué el objeto de la ambicion de los monarcas de Oriente y Occidente, que se disputaban á palmos su territorio, y en la época en que pasaban los acontecimientos que tra-

zamos, el emperador de Alemania, el rey de Francia y el de España tenian sus tropas en las ciudades de Italia, y nada bastaba á sofocar la avaricia que con justos ó pretendidos derechos abrigaban estos monarcas.

Nápoles y Milan eran el foco de la revolucion.

Pero el emperador Maximiliano, con su carácter belicoso, con su genio ambicioso, con una fiebre de dominacion y queriendo extender sus dominios del uno al otro polo, fundado en que su hijo D. Felipe habia sido jurado y declarado rey de Castilla, y en que por su fallecimiento pasaba su corona á las sienes de su hijo Carlos, que se hallaba bajo su tutela, deseando por otra parte intervenir en los asuntos de España por lo menos tanto como el rey D. Fernando, declarado administrador de sus Estados por el testamento de su esposa Dª. Isabel I, y, preciso es decirlo de una vez, codicioso de las riquezas y del poderío que España habia alcanzado con su unidad monárquica y su conquista de la América, tenia fi-

jos sus ojos en el privilegiado suelo de nuestra patria, y quizás soñaba en conseguir lo que mas tarde debia hacer grande y prepotente á su nieto D. Carlos.

Al mismo tiempo el papa Julio II, uno de los pontífices mas ambiciosos de la Iglesia romana, formó el doble proyecto de aumentar su poder temporal y de expulsar á los Franceses de la Italia; pero negándose los Venecianos, potencia entonces de una gran importancia por sus riquezas, á devolverle las ciudades de la Romania, usurpadas por el papa Alejandro VI y que los Venecianos habian reunido á su dominio despues de muerto este pontífice, y rechazando sus proyectos de formar una liga contra los Franceses, de los que eran amigos y aliados, irritaron á Julio II, quien resolvió castigar su osadía. Entonces concibió la idea de formar una alianza de las grandes potencias contra los Venecianos, reservándose la segunda intencion de aprovecharse de sus fuerzas una vez sometidos á su voluntad, para emplearlas contra la Francia,

que le estorbaba siempre, y que deseaba á toda costa alejar de la Italia.

Luis XII, que á la sazon reinaba en Francia, no ignoraba ni el odio ni los deseos que tenia el papa de desembarazarse de su dominio mas allá de los Alpes; pero vendido por su ministro el cardenal Amboise, á quien los deseos de alcanzar la tiara inclinaban en favor de los intereses de Roma, le persuadió de que debia aceptar las proposiciones del jefe de la Iglesia, y con este motivo él mismo fué el mas ardiente promovedor de una coalicion que al fin y al cabo debia ser peligrosa y fatal para él y su país.

En esta liga, como hemos dicho, entró tambien el emperador Maximiliano, que, como dice un historiador moderno, siempre estaba dispuesto á venderse y á vender á los demás.

En esta union veia algun provecho si conseguia apoderarse de los despojos de Venecia.

La liga se formó, y en la historia es conocida con el nombre de liga de Cambresis.

Pero abandonemos los sucesos históricos para fijar nuestros ojos en nuestro personaje Pedro de Guevara.

Al salir de Alcalá, donde dejaba á Baltasara, iba con la mas firme resolucion de libertarse de los compromisos que su ambicion le habia hecho contraer, dispuesto á renunciar á los honores que el triunfo de su empresa le prometia y á volver á Castilla, donde el auxilio de D. Diego, su hermano primogénito, podria bastarle para atender á las necesidades de una vida modesta pero feliz al lado de la jóven que con su amor le habia proporcionado tantas horas de dicha.

Con estos nobles pensamientos se dirigió á Aragon, corrió los campos de Navarra, atravesó los Pirineos, pasó por Francia y se encaminó á Gante, donde se hallaban algunos de los señores con quienes trataba.

Pocos dias despues de su llegada debia detenerse en la corte de Flandes el emperador Maximiliano, y Pedro, que á sus órdenes habia servido, ansiaba hablarle y pedirle la gracia que era el motivo de su viaje.

A la sazon se hallaba en Gante el hijo de Felipe y Dª. Juana, el príncipe D. Carlos. Los cortesanos veian suspendidas sobre su cabeza las coronas del Norte y del Mediodía, divisaban al águila imperial cernerse en torno suyo y proclamar con sus penetrantes gritos el poder que aquel niño, entonces de ocho años, llegaria á tener, y con este motivo todos le acariciaban, satisfacian sus deseos y formaban intrigas para que el dia de su coronacion fuese el del triunfo de sus proyectos, el de la satisfaccion de sus ambiciones.

El señor de Chievres, su mentor y su ayo, le acostumbró desde muy niño á los negocios, y el jóven príncipe le cobró una aficion tan grande, que no podia hallarse sin él.

Esta predileccion era objeto de envidias que alteraban la tranquilidad interior de la ciudad de Gante, y algunos dias amanecian tendidos en las calles ó asesinos pagados ó palaciegos que no bastaban á defenderse de los primeros.

Pedro de Guevara excitó la curiosidad, y todos los señores que formaban en el bando del emperador le asediaron á preguntas acerca del estado de los asuntos políticos de Castilla.

El jóven habia probado en diferentes ocasiones su valor y su lealtad, y estas dos cualidades le habian hecho precioso á los ojos de los conspiradores que contaban con su ayuda.

Cuando supieron su resolucion de abandonarlos, sin pesar los motivos que tenia para renunciar al brillo de un elevado puesto político por retirarse á disfrutar de una vida pacífica bajo el amparo del amor, sin comprender sus nobles sentimientos, y recelosos como son siempre los traidores, creyeron

que tal vez los nobles de Castilla lo habian ganado, se figuraron que los secuaces del Rey Católico habrian podido corromper su recto corazon, y desde aquel instante dándose por vencidos, puesto que Pedro, confidente de sus secretas miras, podia haberlas denunciado, todo el afecto que inspiraba se tornó en odio y resentimiento, toda la confianza que desde el principio habian depositado en él, se cambió en una reserva inmensa y en un espionaje que debia serle muy fatal.

Este es el premio que reciben siempre las almas nobles, cuando seducidas en un momento de debilidad, ó guiadas por un equivocado instinto, por una idea extraviada de venganza, se echan en brazos de esos hombres sin fe, sin creencias, sin patria, sin mas hogar que las antecámaras de los palacios, dispuestos hoy á enaltecer á uno para derribarle mañana y colocar á otro en el pedestal que le erigieron la víspera; y confunden sus extravíos ó sus debilidades, perdonables cuando les falta premedi-

tacion, con las intrigas, con las maquinaciones de esos seres perversos que tarde ó temprano pagan sus culpas, y que son los que sostienen en las naciones las prisiones de Estado y los verdugos, el brazo de sus jueces.

El amante de Baltasara conoció bien pronto el mal efecto que habian causado sus manifestaciones; pero, preocupado con la idea de su felicidad, sin cuidarse de los murmullos de descontento y hasta de venganza que llegaban á su oido, esperó en Gante la llegada del emperador.

A él habia prometido fidelidad; él era únicamente quien podia dispensarle del cumplimiento de sus promesas.

Aguardaba el instante de verle, porque inmediatamente pensaba volverse á Castilla.

Los dias que pasaba lejos de Baltasara le parecian siglos, la ausencia le habia hecho comprender que la amaba de todo corazon, y como tenia siempre

fijos sus ojos en la pobre morada de la hija de Lorenzo, nada oia ni veia de cuanto se pasaba á su alrededor.

Entretanto ya sabemos que la jóven no dejaba de pensar en él, que le amaba cada dia mas, y que su único consuelo, su mas dulce esperanza era creer que volveria á sus amantes brazos, de los que desprenderse le habia costado tantas lágrimas.

A pesar de que los dos se hallaban animados por un mismo deseo, por un solo pensamiento, pasó el plazo fijado para la vuelta de Guevara, y ya sabemos que la jóven le esperó un año y dos en la mayor zozobra, sin que el amante acudiera á enjugar el secreto llanto que cuando estaba sola derramaban sus ojos.

Nuestros lectores, interesados acaso por la suerte de Baltasara y de su amante, desearán saber qué motivó la ausencia del segundo. Nosotros vamos á satisfacer su curiosidad.

CAPITULO V.

LA GÓNDOLA MISTERIOSA.

En Gante se anunciaba que de un momento á otro llegaria el emperador Maximiliano á visitar á su hija Margarita y á su nieto D. Carlos, entonces de seis años de edad.

4

La poblacion, entregada en su mayor parte á la fabricacion de tejidos desde principios del siglo x, apenas se ocupaba de su soberano; pero al lado de aquellos honrados obreros, se agitaban los ambiciosos de que ya hemos hablado anteriormente.

Ellos sabian el dia y aun la hora en que debia llegar el monarca, y querian que fuera para Gante una verdadera solemnidad el acontecimiento de su arribo.

Con efecto el dia de la entrada del emperador, gracias á los esfuerzos de los palaciegos y de sus agentes, los telares permanecieron cerrados y las fábricas desiertas.

Desde muy temprano la embocadura del canal de Brujas y el Escalda y el Lys estaban llenos de góndolas con gallardetes.

En ellas esperaba gran parte de la poblacion al emperador Maximiliano, y el dia se pasó entre algazara y fiesta.

Sin embargo, á pesar de aquellos homenajes ofrecidos al poderoso dueño de la Alemania, cualquiera que hubiera observado la fisonomía de aquellos laboriosos Ganteses, hubiera descubierto en ella ese aire de independencia que constituye el rasgo principal del carácter de los habitantes de la industriosa capital de Flandes.

Por la noche las góndolas se iluminaron con farolillos de colores, y el eco de las músicas resonó en toda la ciudad.

Pedro habia permanecido indiferente al entusiasmo y á las fiestas populares, pero aunque no pensaba en los demás, no faltó en aquellos momentos quien se ocupara de él.

El amante de Baltasara habitaba en una casa de una callé cercana á la iglesia de San Babon, y mientras los Ganteses inundaban las plazas y los canales, él permanecia retirado del bullicio, pensando solo en que al siguiente dia, libre del peso de

sus obligaciones, podria tornar á donde le llamaba la mujer en quien habia depositado todo su cariño.

Dos golpecitos dados con suavidad en la puerta de su cuarto, le sacaron de sus meditaciones.

— Entrad, dijo sin moverse.

La puerta se abrió, y penetró en la estancia un hombre á quien no conocia.

— «Valor y esperanza,» murmuró el recien llegado parándose en el dintel de la puerta.

Esta era la contraseña de los conspiradores.

— Adelante, dijo Pedro levantándose y yendo al encuentro del desconocido. ¿En qué puedo serviros?

— Soy escudero del señor de Chievres, y como le habeis dicho que deseábais ver al emperador en el momento en que llegase, queriendo facilitaros

una entrevista le ha suplicado que os reciba. Nuestro monarca ha dispuesto que todos sus amigos se reunan, para comunicarles sus noticias y darles sus instrucciones. Al mismo tiempo podréis hablarle, y para que nadie pueda sospechar que debe celebrarse esa reunion secreta, el soberano ha dispuesto que acudan todos por distintos caminos al monasterio de Benedictinos. Al dar las ánimas os aguardará una góndola en el canal de Brujas. Subid á ella sin hablar una sola palabra, y el gondolero os llevará al castillo.

— Bien está, dijo Pedro... no faltaré.

El escudero partió, y el jóven deseó que llegase la hora que le habian indicado.

— ¡ Ah ! dijo suspirando... cuando vuelva esta noche á encontrarme entre estas humildes paredes, mi corazon se habrá desahogado, estaré libre y mañana... mañana partiré para siempre de estos parajes que me horrorizan.

Dando largos paseos por su habitacion y entregado á los dulcísimos pensamientos de su felicidad, se pasó el tiempo con prontitud.

Su casa estaba lejos de la embocadura del canal donde debia esperarle la góndola, y media hora antes de las ánimas se puso en marcha para ser puntual á la cita.

La algazara y la fiesta continuaban : en algunas cervecerías bebian alegremente los Ganteses, los canales presentaban un cuadro mágico con las infinitas luces de colores de las góndolas, que se multiplicaban al reflejarse sobre el agua.

Pedro llegó al canal de Brujas, se detuvo, dirigió una mirada inspeccionadora en torno suyo, y vió que un hombre se levantó del suelo al divisarle yendo á su encuentro.

— « Valor y esperanza, » le dijo acercándose á su oido y caminando en seguida hácia el embarcadero.

Pedro le siguió, y pocos minutos despues se puso en marcha por el canal arriba una góndola que tenia en su popa una linterna azul.

El jóven se sentó sin decir una sola palabra al gondolero, y este remaba guardando tambien un profundo silencio.

La góndola caminaba con mucha rapidez.

En el sitio donde hoy se halla la ciudadela de Gante, habia en los tiempos que vamos describiendo un antiguo castillo que en el siglo IX habia mandado construir el primer conde hereditario de Flandes, Baudoin, llamado vulgarmente el del *brazo de hierro.*

Ruinoso ya en la época de Felipe el Hermoso, se conservaba sin embargo como una venerable antigüedad y servia de fortaleza para los prisioneros de Estado.

Lo custodiaba un antiguo capitan de los tercios

de Flandes, quien tenia á sus órdenes ocho soldados, que eran al mismo tiempo la servidumbre de los monarcas, cuando iban á pasar algunos dias al castillo.

Algunas habitaciones se hallaban amuebladas al uso de los siglos anteriores, y los calabozos subterráneos de esta fortaleza ofrecian grandes seguridades de que no podrian escaparse los desgraciados que fueran sepultados en aquellas mazmorras. Las ventanas estrechas y con dobles hierros daban todas al canal, que por aquel paraje tenia una inmensa profundidad.

Una puerta secreta facilitaba los medios de entrar en el castillo sin mas operacion que saltar de la góndola y subir una escalera de hierro suspendida por gruesas cadenas.

Pedro de Guevara y su guia se detuvieron al llegar al lugar donde comenzaba la escalera.

Pedro dormia profundamente.

Al descender desde el embarcadero á la góndola, notó que caminaban en direccion opuesta al monasterio, en donde, segun le habia indicado el escudero del señor de Chievres, debian reunirse los amigos del emperador, pero una de las órdenes que le habian dado era que guardase el mayor silencio durante su camino, y aquello podria ser quizá un medio de evitar todo género de sospechas.

Al ver que se alejaban demasiado, no pudo menos de preguntar al gondolero á dónde le llevaba.

Le llamó, pero en vano aguardó una respuesta.

Los remos habian cesado de agitarse con la velocidad que al principio, y el gondolero parecia dormir.

Aquello no estaba previsto, y Pedro por el bien de su empresa podia romper el silencio.

Volvió á llamar á su guia, y tampoco obtuvo res-

puesta. Entonces quiso levantarse para despertarle, y solo un sordo grito se escapó de sus labios. Estaba sujeto á la góndola por dos gruesos grilletes, y no podia moverse. Al mismo tiempo sentia en su cabeza una pesadez que le debilitaba y le sumia poco á poco en un letargo doloroso.

Los remos se movian lentamente.

Pedro queria pedir socorro, pero su voz se ahogaba, sus ojos se cerraban contra su voluntad.

Al fin cayó extenuado. Entonces el gondolero desembarazándose del capuchon con que iba encubierto, comenzó á remar con fuerza, y pocos instantes despues se halló al pié de la escala que conducia al castillo.

Un hombre abrió la puerta en donde estaba suspendida la escala.

— Capitan, dijo el gondolero, aquí está nuestro hombre.

— ¿Ha opuesto resistencia?

— Inútilmente... ahora está como un leño.

— No hay tiempo que perder, añadió el capitan... pudiera despertarse.

— ¡Oh! no tengais cuidado... todavía tiene para muchas horas.

El gondolero, que era un hombre de atlética estatura, separó los grilletes de los piés de Pedro, lo cogió en brazos, lo sujetó con una mano, y apoyándose con la otra en la escala, subió hasta la puertecita, dejó en el primer cuarto al jóven, volvió á descender y se alejó con su góndola.

Al llegar al embarcadero se le acercó un embozado.

— ¿Está ya en el castillo? le preguntó.

— Duerme, y cuando despierte no sabrá dónde se halla, respondió el gondolero.

El desconocido puso algunas monedas en su mano y se alejó.

Pedro fué depositado en un lecho.

Las fiestas continuaron hasta el amanecer, y nadie supo en Gante aquella noche que mientras los unos se alegraban y bebian á la salud del emperador y de su nieto, otros llevaban á cabo un proyecto de venganza del que debia ser víctima un hombre honrado, el pobre amante de Baltasara.

CAPITULO VI.

EL PRISIONERO.

Al dia siguiente despertó Pedro de su letargo.

Abrió los ojos, y la débil claridad que penetraba por una alta claraboya que habia en el cuarto en que se hallaba, le hizo poder descubrir cuanto le rodeaba.

Su habitacion era sumamente pequeña. En un rincon tenia su lecho : cerca de él una mesa y una silla. En un extremo se veia un cántaro de agua. Las paredes tenian ese color sombrío que produce la humedad. Al verse allí quiso recordar cuanto le habia pasado, quiso explicarse la causa de su estancia en aquella prision, porque desde luego al dirigir una mirada en torno suyo, comprendió que todas sus ilusiones, todas sus esperanzas de libertad se habian trocado en una prision, mas dura aun que la que le proporcionaban sus compromisos contraidos con los conspiradores alemanes.

Todos sus recuerdos eran inconexos, y solo en medio de su turbacion, el profundo dolor que experimentaba su alma por la ausencia de Baltasara, le hacia pensar en que habia deseado volver sin pérdida de tiempo á Alcalá y en que ya no sabia cuándo podria volver.

Esta idea le hizo cerrar los ojos, y el letargo se convirtió en una meditacion angustiosa.

La luz fué debilitándose, y cuando su tristeza solo le presentaba como consuelo una muerte lenta, oyó descorrer un cerrojo y vió entrar en su cuarto á un hombre que llevaba en una mano una candileja de barro y en la otra un pedazo de pan.

Pedro quiso levantarse para recibirle, pero le fué imposible : en veinticuatro horas habia perdido algunos años de vida.

— ¿Cómo os hallais? le preguntó el recien entrado.

— Me encuentro bien, dijo Guevara... solo deseo saber dónde me hallo... porqué estoy encerrado aquí... y quién sois vos.

— Si no es mas que eso, quedaréis satisfecho. En primer lugar, habeis venido aquí porque os hallais enfermo. Vuestra razon anda algo extraviada, hablais mas de lo regular, teneis proyectos peligrosos, y vuestros amigos, compadecidos de

vuestro mal, os han puesto en las manos de un médico del rey... del que mas fama goza en toda Flandes. En segundo lugar, este cuarto pertenece á la casa del médico afamado de que os hablo : está á mucha distancia de Gante, en una situacion muy á propósito para recobrar la salud, y es el paraje mas solitario y mas ignorado que puede darse. En tercer lugar, yo soy vuestro enfermero y os traigo pan... ahí teneis agua... hé aquí todo cuanto puedo deciros.

Estas palabras, dichas con una calma burlona por el recien entrado, hicieron comprender á Pedro que no se habia equivocado al considerarse como preso y al pensar que su prision echaria por tierra todos sus planes de felicidad.

¿Pero por qué razon se habian apoderado de él cuando solo trataba de acercarse al monarca, renunciar á su ambicion, y volverse tranquilo á su nacion, en donde le aguardaba el único bien que el mundo le habia ofrecido?

Viéndose débil, enfermo, no sabiendo su delito ni la sentencia que debia cumplir, todas sus esperanzas se alejaron de él y solo la de la muerte quedó á su lado como una compañera, como una amiga, como un consuelo.

El enfermero, ó mejor dicho el criado del alcaide de la fortaleza, salió dejándole á oscuras y prometiéndole que al dia siguiente volveria á la misma hora, para llevarle su alimento y para cerciorarse del estado de su salud.

La noche fué terrible para Pedro. A los dolores de su alma se reunian los que le producian el cansancio, la inanicion, la fiebre.

Su único pensamiento, su mas ardiente afan era volver á España; ¿pero á quién pediria esta gracia, qué medios buscaria para evadirse de su prision?

. . . .

Al dia siguiente lo encontró el carcelero en un estado lamentable.

Su pulso ardia... su cerebro deliraba.

El carcelero era un hombre de unos cuarenta años. Su rostro rudo é incomprensible revelaba sin embargo al escuchar su voz un excelente fondo. Y con efecto al ver á Pedro jóven, hermoso, sepultado en un triste calabozo, enfermo, con la muerte en el rostro, se acordó de que tenia un hijo, de que su hijo se hallaba lejos de él, y se compadeció del pobre amante de Baltasara.

En la segunda noche soñó que su hijo habia venido desde lejanas tierras para decirle que se apiadara del prisionero, que le tratase bien, porque si él se encontraba alguna vez en la aflictiva situacion de Pedro, sufriria la suerte que su padre reservase al cautivo.

Al despertar, impresionado con este sueño, corrió á buscar las llaves del calabozo y entró á visitar al enfermo, tratándole con una amabilidad tan extremada, que el pobre Pedro creyó vislumbrar en

este cambio una esperanza que le tranquilizó un poco.

— Decidme, le preguntó... vos teneis buen corazon... vuestras palabras me hacen ver que os habeis apiadado de mi suerte... ¿será esto bastante para que yo me atreva á preguntaros porqué estoy preso... qué delito me imputan... cuándo se cumplirá mi sentencia?

— Mirad... buen jóven... respondió el carcelero... no os habeis engañado al creer que vuestra desgracia me interesa... pero si contestara á las preguntas que me haceis, faltaria á mis deberes, y no querréis que falte á ellos, ¿no es verdad?... Tened un poco de paciencia..... yo diré que este cuarto os es perjudicial, que vuestro mal se agrava y os cambiaré de habitacion; vuestro alimento se aumentará, y dentro de la fortaleza, en vez de ser un enemigo para vos, seré un padre, seré un amigo.

Estas palabras de consuelo, pronunciadas por un corazon rudo pero sensible, por un corazon que habia experimentado la emocion del amor paternal, calmaron la ansiedad del jóven.

— Es bueno, se dijo... mañana me concederá lo que hoy me niega.

Al dia siguiente fué instalado en una nueva habitacion mas clara, mas limpia, mas cómoda que la primitiva.

Pedro, que aun no podia andar, fué conducido en un taburete, y depositado de nuevo en el lecho.

Sus deseos no se realizaron hasta despues de algunos dias. Entonces fué cuando supo quiénes eran sus jueces.

La resignacion, eterna compañera de las almas fuertes, vino en su ayuda para hacerle so-

portar el doble martirio á que habia sido condenado.

Creia en la Providencia y se arrojó en sus brazos.

Hé aquí el motivo de su prision.

CAPITULO VII.

PIENSA EL LADRON...

Los que rodeando con sus adulaciones al príncipe D. Carlos, agasajaban al señor de Chievres, porque le unia con ellos la ambicion, el deseo de apoderarse de los destinos de la floreciente monarquía

española, se mostraban aparentemente en favor de las ideas que abrigaba el emperador Maximiliano, pero en realidad no deseaban mas que el momento en que el heredero de Felipe el Hermoso se viese obligado á pasar á España, para acompañarle á sus Estados y hacer de ellos su hacienda propia.

Fingiendo desear la influencia del rey de Romanos en los asuntos de Castilla, le habian todos aconsejado que enviase cerca del Rey Católico un mensajero, un espía que le diese cuenta de todas las determinaciones que tomase, de todos los actos que cumpliese el entonces administrador y regente del reino.

Así lo hizo enviando á Pedro de Guevara: los cortesanos, aprovechándose de la ocasion, comprometieron al jóven en sus intrigas, y él partió á Salamanca y desde allí á Alcalá, como sabemos.

No faltó un envidioso que deseando alcanzar la confianza que tanto el emperador como los nobles

habian depositado en él, le delatara á unos y á otros, diciendo que su vuelta y su interés en libertarse de los compromisos que habia aceptado eran porque, habiéndose vendido á los grandes señores de Castilla, habia cambiado de papel, y en vez de ser el espía de Fernando el Católico, lo seria del mentor del príncipe D. Carlos y del emperador Maximiliano.

Tanto por esta causa, en la que se fundaban algunos de los conspiradores, como por el temor de que al verse abandonado por ellos acudiera al monarca y le revelara las secretas intenciones de los que hacian alarde de abnegacion y de amistad hácia su persona, convinieron todos en que era necesario deshacerse de él, ó por lo menos estorbar que pudiese tener con el emperador la entrevista que deseaba.

El paje del señor de Chievres, que á mas de paje era su confidente porque era el ejecutor de los designios de su amo, se encargó de ocultar á los ojos de todo el mundo la existencia de Pedro.

Despues de convenir en que respetarian la vida del jóven, acordaron sepultarlo en una de las mazmorras de la fortaleza de Baudoin y lograr de este modo ó no ser descubiertos, ó conseguir de él que continuase con la lealtad que habia probado, sirviendo á la causa que con tanto interés, que con tanta codicia defendian.

Esta es la explicacion del arresto de Pedro de Guevara.

El emperador continuó su viaje sin ver al jóven, los Flamencos enviaron nuevos emisarios para ponerse de acuerdo con algunos señores de Castilla, descontentos del mando del Rey Católico, y el infeliz amante de Baltasara, confiado á la salvaguardia del alcaide de la fortaleza, quedó á merced de su carcelero, sin jueces, sin oir su sentencia, sin saber su delito, y contenido, mas que por los cerrojos, por la bondad de su centinela, por la compasion que le manifestaba.

Cuando él supo las causas que habian motivado su resolucion, comprendió que expiaba la falta que habia cometido al unirse con unos hombres tan desalmados, que no se apiadaban ni tan siquiera del purísimo y santo sentimiento que le obligaba á desear separarse de sus proyectos ambiciosos.

Se resignó con la esperanza, que le hizo concebir su carcelero, de que su suerte no tardaria en cambiar; escribió una larga carta á Baltasara, refiriéndola cuanto le habia pasado, exhortándola á tener fe y constancia en la adversidad, á esperarle y amarle como él la esperaria y la amaria, rogó á su guardador que la hiciese llegar á su destino, y algo tranquilizado se entregó á la vida sedentaria y angustiosa á que le habian condenado los que juzgándole de su misma condicion, le castigaban por las traiciones que ellos en su caso hubieran cometido y de que estaba pura la conciencia de Pedro.

Abandonémosle á los cuidados de Huberto, su

carcelero, y antes de proseguir su historia, volvamos nuestros ojos á la desconsolada jóven, que no habiendo recibido su carta le habia esperado en vano, y creyéndole muerto ó perjuro se disponia á calmar las inquietudes de sus padres uniéndoce con Francisco, sacrificándose al amor filial y contando con que una muerte próxima la libraria de los martirios que amenazaban turbar sus alegrías de esposa.

La escena varía : la vida está llena de contrastes.

Dejemos el triste calabozo donde Pedro pasó muy cerca de dos años, para dirigirnos á Alcalá, donde dos cosas interesantes á nuestra historia se agitaban : las bodas de Baltasara y de Francisco : las intrigas de los nobles castellanos, las conjuraciones contra su soberano.

De unas y otras hablaremos á nuestros lectores.

CAPITULO VIII.

LA VÍSPERA DE SAN PEDRO.

Todo estaba preparàdo : las galas de la novia eran la envidia de las muchachas que acudian á verlas en tropel; Francisco, á quien todo parecia poco para probar á Baltasara el inmenso cariño que

la profesaba, habia comprado los trajes mas bonitos, los adornos mas ricos que habia encontrado en Alcalá para ofrecérselos á su prometida, y aunque veia próximo el instante de su union con la jóven, todavía no se atrevia á creerlo.

El pobre no se explicaba sus deseos ni se comprendia á sí mismo: obraba impulsado por una fuerza superior.

Llegó el dia anterior al que se habia designado para las bodas, y Baltasara, que al fin era mujer, pasó mucho tiempo empleada en arreglar sus trajes y los prendidos que al dia siguiente debian servirle para ir al templo á unirse con Francisco.

El jóven estuvo con ella hasta el anochecer.

— Véte, le dijo Baltasara... estoy cansada y tengo sueño...

Francisco, que no sabia contradecirla, la obedeció.

Como era natural, aquella noche debia obsequiar á sus amigos, á los jóvenes de la ciudad, y reuniéndolos en su casa, los hizo descender á las bodegas y allí bebieron y brindaron á la salud de los novios.

Francisco se separó de ellos muy satisfecho, se acostó y durmió tranquilamente.

Baltasara durmió tambien; pero soñó, y su sueño, cuando al amanecer fué su madre á despertarla para que saliera á recibir los regalos que la hacian las aldeanas y las villanas de la ciudad, habia impreso en su rostro sus tristísimas huellas.

Soñó que el sacerdote habia hecho indisoluble su union con su prometido, y que al volver á su casa y penetrar en el cuarto del tálamo nupcial habia encontrado un ataud y en él á Pedro, que al verla se habia levantado pronunciando estas palabras:

— Baltasara, un dia me juraste no ser de nadie

mas que mia; nos separamos, tu amor me ha muerto, y sin embargo tú vas á profanar mi memoria uniéndote á otro hombre. No será... no... Dios no lo quiere; mi helada sombra se interpondrá entre tu esposo y tú, yo te perseguiré eternamente, y tú sufrirás de este modo el castigo de tu inconstancia, de tu perjurio.

Horrorizada ante aquel espectáculo, quiso hablar, quiso caer á los piés de Pedro, implorar su perdon, contarle sus agonías, hacerle comprender el sacrificio que habia hecho al unirse á Francisco; pero, dominada por su pavor al ver avanzar hácia ella la sombra de su amante, no pudo contenerse, abandonó la habitacion, salió al campo corriendo, pero en vano, porque la sombra la seguia gritando siempre á su oido:

— Perjura... perjura...

Esta terrible pesadilla dejó grabada en las facciones de la jóven la expresion de la angustia y

del pesar que la martirizaron, y al despertarse el dia de su boda, mas que del lecho parecia levantarse del sepulcro.

— Madre... me siento mal, dijo Baltasara al ver llegar á su madre, que desde muy temprano se habia puesto su mejor traje para solemnizar aquel dia de fiesta y regocijo.

— ¿Qué tienes, Baltasara? la preguntó con esa solicitud y ese interés peculiares del amor maternal.

— He sufrido esta noche... y me siento indispuesta.

— ¿No te anima la idea de que hoy se van á celebrar tus bodas?

— ¡Mis bodas!... repitió Baltasara con un acento de profunda tristeza.

— Sí, mujer... todos los jóvenes y las mozuelas de la ciudad están contentos, porque gozan mu-

chísimo con tu felicidad. ¡Son tan buenos y os aman tanto!... vamos, anímate, hija mia... Francisco va á llegar... tu padre ha ido á la iglesia... todo está prevenido...

— Madre, me siento enferma... si pudiera aplazarse mi casamiento...

— ¿Qué es lo que estás diciendo? y la comida, y el baile, y la fiesta que están ya preparados... Eso seria quitar su alegría á toda una ciudad, porque hoy en Alcalá no piensa nadie mas sino en que se casa la villana mas bella y mas honrada, la hija del honrado Lorenzo, con Francisco, el mas gentil y rico de los labradores de la comarca... No, no, hija de mi vida... es preciso que te animes, que no vayas á descomponer la funcion... pues no faltaba mas.

Baltasara, desentendiéndose de las palabras de su madre, volvió á preguntarla por Francisco.

Al mismo tiempo llegaron á su oido algunas

voces de alegría que los amigos que esperaban al novio á la puerta de la casa de la novia lanzaron al divisarle con su vestido nuevo y con cuatro de sus criados que llevaban para Baltasara las mejores flores de su jardin, los frutos mas preciosos de su huerta.

— Ya está ahí..... dijo la madre..... voy corriendo á su encuentro... anda, hija mia... anda... que el amor te dé fuerzas.

— Decidle que entre á verme, murmuró Baltasara, y quedó sola.

— Soy muy desgraciada, pensó, y voy á hacerle muy desgraciado... pero no, es preciso tener resolucion; he prometido á mis padres llevar á cabo este enlace, he prometido á Francisco ser su esposa... los sueños, ¡ay!... son sueños... cumpliré mi palabra.

El jóven entró en el cuarto pálido y demudado.

¿Se le escaparia la felicidad de entre las manos cuando creia poseerla?

— ¿Qué tienes? la preguntó con ansiedad..... ¿estás enferma?... habla... habla por Dios.

— No te asustes, Francisco... tú me comprendes mejor que nadie, y por eso te he llamado... He pasado una noche cruel... un sueño, una pesadilla me ha dejado rendida... tú eres bueno y me amas; ¿quieres pues que aplacemos nuestro enlace para el primer domingo?

— ¿Qué puedes tú pedirme que yo te niegue? Pero ¿eso es mas que una indisposicion?... ¿no es un pesar..... no es que te hallas arrepentida?.....

— No, Francisco, no... seré tu esposa... ahora corre á avisar á mi padre... haz que lo suspenda todo... yo me quedo en el lecho... y te espero. Quiero que tú y mi madre me hagais hoy compañía.

La fiesta terminó apenas habia empezado, y todos se retiraron tristes á un mismo tiempo por encontrarse enferma Baltasara, y por no ver satisfechas las esperanzas que habian concebido.

Francisco no se separó en todo el dia de la cabecera del lecho de la jóven, que atacada de fiebre permaneció cuarenta y ocho horas mas en aquella posicion.

El lunes habia caido enferma, y el viernes se levantó. Aquel mismo dia quiso ir á confesar, y muy de madrugada se dirigió á la iglesia con su basquiña negra en compañía de su madre.

CAPITULO IX.

EL CARDENAL DE ESPAÑA.

En los momentos en que empieza la accion de nuestra historia, cuando todos los personajes que hasta ahora hemos presentado se hallaban preocupados por las diversas emociones que los

sucesos de su vida causaban en su alma, cuando una crisis violenta iba tal vez á decidir su suerte para lo venidero, debemos bosquejar una de las figuras principales del cuadro que nos proponemos ofrecer á nuestros lectores, una de las figuras mas interesantes y de la que hasta ahora no hemos hecho mencion, porque aguardábamos un momento oportuno que creemos llegado.

A la sombra del excelso trono de los Reyes Católicos habia crecido un hombre eminente.

Las bendiciones del cielo habian acompañado al reinado de Isabel y Fernando, y mas privilegiados estos reyes que los demás monarcas castellanos, habian tenido en torno suyo valientes capitanes como Gonzalo de Córdoba, intrépidos marinos como Cristóbal Colon, y hombres de Estado tan eminentes como el cardenal Ximenez de Cisneros.

De este último, á la sazon cardenal de España, es de quien vamos á hablar á nuestros lectores.

Su nombre solo debe inspirar interés, porque fue una gloria nacional.

Su historia es la siguiente : para seguirle en los sucesos de la nuestra, en los que tomó parte, debemos conocer antes su orígen, consignar algunos de los acontecimientos de su célebre vida.

Ximenez de Cisneros, el hombre extraordinario que influyó tanto en la suerte de España, destruyendo por completo el feudalismo y confundiendo para siempre el orgullo de la nobleza castellana, nació en Torrelaguna, donde su padre desempeñaba el cargo de procurador.

Un historiador dice (1) que la pobreza de sus padres y su natural inclinacion le obligaron á seguir la carrera eclesiástica.

« Inscrito en las aulas de la Universidad de Salamanca, añade, emporio entonces de las letras,

(1) Amador de los Rios.

manifestó desde luego tan claro talento y severidad tan señalada en sus juicios, que no pudo menos de atraer sobre sí la admiracion general, descubriendo al par cierta superioridad de carácter que le conquistaba el respeto de sus compañeros. .

. . . .

Tomó las órdenes del sacerdocio no con poco trabajo por parte de su pobre familia, para la cual era un sacrificio cualquier gasto que su carrera ocasionaba; y resuelto á probar fortuna, se encaminó á la corte romana. »

Este rasgo..... esta decision llevada á cabo en aquel tiempo, era un síntoma del carácter, de la fuerza de voluntad que poseia y que mas tarde habia de servirle tanto para luchar con los poderosos elementos que se opusieron á su marcha recta y justiciera, y para vencerlos, como lo hizo, legando á la nacion española con su nombre uno de sus timbres mas gloriosos.

Este primer viaje de Cisneros fué muy fecundo

en acontecimientos, que pudieran muy bien llamarse desgracias, ó por lo menos contrariedades.

Dos veces fué robado, y esto que no parece verosímil, se explica, porque despues de haberse visto despojado por la primera vez de los escasos recursos que llevaba para llegar hasta Roma, encontró á un compatriota que, condolido de él, le facilitó algunos fondos para que continuara su viaje.

Un dia solo le faltaba para llegar á la ciudad eterna, cuando á cosa de legua y media de la posada donde debia parar, salió á su encuentro una partida de bandoleros y le robaron por la segunda vez.

Uno de los ladrones conoció que el eclesiástico era español, y separándose de los demás, que se alejaron cuando le despojaron de sus monedas, le siguió á cierta distancia y entró poco despues que él en la posada.

Cisneros era un hombre de gran corazon, abrigaba un pensamiento, se proponia un fin, comprendia que la mision que le habia confiado la Providencia era muy alta, y valeroso en las adversidades, desafiando el peligro en todo tiempo, con fe en el porvenir, no miraba los episodios de sus robos mas que como incomodidades pasajeras, que no debian extraviarle de sus ideas, ni detenerle en su camino.

Apenas entró en la posada y refirió el suceso, todos le rodearon para escuchar su narracion, á la que, á fuer de hombre conocedor de las cosas humanas, trató de dar un colorido capaz de conmover á los circunstantes, esperando que con su proteccion, si la lograba, pondria término á sus ansias y llegaria al fin de su viaje.

Todos le oyeron con atencion; pero, entonces como ahora, los oidos siempre estaban tan abiertos para escuchar miserias, como las bolsas cerradas para remediarlas.

Sin embargo, habia andado todo el dia y necesitaba tomar alimento.

En aquella situacion, abrazó el único partido que le quedaba, el de dormir.

El sueño no cuesta dinero y engaña al hambre.

Se acostó sobre un banco y comenzó á dormir, esperando que amaneciese para continuar su viaje, cuando al cabo de un rato de estar dormido le despertó el posadero, anunciándole que una abundante cena le aguardaba.

— ¡Una cena!.... exclamó el jóven eclesiástico creyéndose en los brazos de una pesadilla!... ¡Una cena!... ¿y quién os la ha pedido?

— Seguramente que no ha sido vuesa merced, añadió el posadero... pero puesto que vuesa merced no ha de pagarla, ¿qué le importa saber quién la ha encargado?...

— ¿Qué es lo que estais diciendo?...

— Nada, que un caballero de noble continente ha entrado hace una hora en la posada.

— ¿Se ha refugiado aquí, me preguntó, un jóven eclesiástico á quien unos ladrones han robado todo cuanto poseia?

Yo recordé lo que vuesa merced habia contado, y le dije que sí.

— Pues bien, añadió el desconocido poniendo un bolso de ducados en mi mano, servidle una abundante cena, ofrecedle un aposento cómodo, mañana al despertar haced que uno de vuestros criados le acompañe hasta Roma en una mula, guardadle todo género de consideraciones, y si cumplís mis órdenes con esmero, vuestro premio será una bolsa como la primera. Dicho esto partió, yo dispuse la cena, mandé arreglar el cuarto, y vuesa merced podrá decir mañana si no le he tratado como á cuerpo de rey.

Asombrado de lo extraño del suceso, pero viendo en todo la mano de la Providencia, se dejó acariciar de su inesperada suerte con la tranquilidad con que habia sobrellevado sus anteriores desventuras.

Cenó, durmió tranquilamente, y al asomar la luz del dia llegó el posadero á la puerta de su habitacion, le despertó, puso en sus manos una bolsa que contenia cien ducados de plata, le anunció que una mula y un mozo le aguardaban para conducirle á su destino, y se alejó para no verse en la precision de contestar á las infinitas preguntas que nuestro héroe comenzó á hacerle, picada ya su curiosidad, al no poder explicarse el motivo de aquella inesperada suerte que, cuando veia cerradas las puertas de su porvenir y perdidas sus esperanzas, abria aquellas y alimentaba estas con una generosidad incomprensible, inexplicable.

Pero como su principal deseo era llegar á Roma, dió gracias á Dios por aquella muestra de su bon-

dad infinita que le dispensaba; y sabiendo que n hay deuda que no se pague, esperó que algun dia podria satisfacer la que al aceptar aquellos recursos contraia, y montando en la mula y guiado por el mozo, llegó en muy pocas horas á la corte romana.

Al abrir su bolsillo para gratificar á su conductor, halló un papel doblado, en el que en caractéres españoles habia trazadas algunas palabras.

Dió una moneda al mozo, é instalándose en una posada no lejos del Vaticano, leyó aquellos renglones que en su concepto deberian descifrarle el enigma de aquella proteccion misteriosa que se habia encargado de ayudarle en sus designios.

El escrito decia lo siguiente:

« No trateis nunca de averiguar á quién debeis
» los cuidados de que habeis sido objeto y el dinero
» que os habrá servido para realizar vuestros pro-
» yectos.

» Si me conociérais os avergonzaríais de mí y os » arrepentiríais de haber aceptado mis socorros.

» Soy un desgraciado compatriota vuestro que » acaso no volverá nunca á vivir bajo el cielo que » le vió nacer. He sabido que unos bandidos os han » robado los únicos recursos con que contábais para » dar cima á un viaje que parece interesaros en » sumo grado, he oido la narracion de vuestras » desventuras y he querido remediarlas. Este es el » orígen de mis auxilios. Si os sirven, si lograis » vuestros deseos y alguna vez volveis á nuestra » patria, preguntad en Alcalá de Henares por la » madre Gertrudis, panadera y una de las mujeres » mas ancianas de la ciudad.

» Pagadla á ella la gratitud que estoy seguro me » teneis, y decidla que su pobre hijo, que tantas » pesadumbres la ha dado, ha hecho al menos una » obra buena.

» Alcanzadme su bendicion y rogad á Dios por mí. »

Así terminaba aquel escrito, sin que una firma, un nombre pudiera revelar á nuestro sacerdote el menor indicio de la existencia de su misterioso protector.

— Cuando vuelva á Castilla, se dijo, buscaré en Alcalá á la madre Gertrudis, y ella ó sus hijos me explicarán el enigma.

Una vez en Roma, puso en juego todos sus medios para lograr la fortuna que habia ido á buscar desde tan lejos, y encontró una ocasion de lucir su talento encargándose de la defensa de ciertos derechos del clero español puestos en tela de juicio por la curia romana, y tanta fué su elocuencia y tan grande la erudicion y la sagacidad que empleó para obtener el triunfo de su defendido, que no solo consiguió lo que deseaba, sino que conquistó en muy poco tiempo la estimacion de los altos prelados y la amistad de Sixto IV, quien, deseando honrarle y endulzar su pobreza, le dió una *bula expectativa* por la cual tenia opcion al primer beneficio

que quedase vacante en el arzobispado de Toledo.

La noticia de la muerte de su padre le hizo volver á España. El amor que profesaba á su querida madre y los cuidados que reclamaban de él sus hermanos menores le impulsaron á correr en su apoyo.

Por medio de su *bula* no tardó en ser nombrado arcipreste de Uceda, pero este nombramiento le puso en lucha con todo el clero toledano, con el arzobispo de Toledo, que lo era entonces D. Alonso Carrillo, y este prelado, deseando vengarse de él, lo sepultó en una torre del mismo Uceda, de donde salió despues de haber sufrido mucho y renunciado á su beneficio, llamado por el obispo de Sigüenza para ponerse al frente de la vicaría de aquella diócesis.

La casualidad le llevó á Alcalá de Henares, y recordó la deuda que habia contraido con su desconocido protector.

Indagó el paradero de la madre Gertrudis, y le dijeron que habia muerto, pero que aun vivia una hija de la panadera.

Esta hija, jóven todavía, se hallaba al lado de unos tios ancianos.

Ximenez de Cisneros la vió, se informó de su suerte, y velando por ella fué desde entones un auxilio constante para la pobre jóven.

Cansado de sus luchas con el mundo y conociendo las miserias de cuantos le rodeaban, se resolvió á tomar el hábito de San Francisco, y así lo hizo, profesando en San Juan de los Reyes de Toledo el año 1477, época en que contaba ya cuarenta de edad.

En 1482 fué elegido arzobispo de Toledo D. Pedro Gonzalez de Mendoza, obispo que habia sido de Sigüenza. Este prelado, uno de los sostenes mas fuertes del trono de los Reyes Católicos, y uno de los amigos mas sinceros de nuestro héroe,

habló á la reina Isabel en su favor, y la magnánima soberana, queriendo distinguirle, le nombró su confesor.

El año 1489 se hallaba al lado de la reina en Toledo, cuando un paje le avisó que una pobre mujer deseaba que la concediese una audiencia.

Ximenez de Cisneros la recibió : era la hija de Gertrudis.

— Señor, le dijo, vuesa merced ha sido tan bueno para mí, que me he atrevido á venir desde Alcalá con el hombre que debe ser mi esposo para pedir á vuesa merced que nos eche su bendicion.

Deseoso de complacerla, la prometió acceder á sus deseos, y ocho dias despues salian de Toledo unidos por el confesor de la reina la hija de Gertrudis y Lorenzo, un labrador de mediana fortuna que residia en Alcalá.

Al año siguiente este honrado matrimonio recibia del cielo el fruto de su amor.

Nuestros lectores habrán conocido que ambos esposos eran los padres de Baltasara.

Cisneros abrigaba el pensamiento de fundar en Alcalá la Universidad que mas tarde ha dado tanta gloria á su nombre; por tanto esta ciudad le era muy querida y la visitaba muy á menudo, no alejándose de ella nunca sin saludar á sus protegidos.

Cuando la esposa de Lorenzo estaba en vísperas de ser madre, se hallaba en Alcalá el confesor de la reina.

— Yo sacaré de pila, dijo á la hija de Gertrudis, yo sacaré de pila al niño que deis á luz.

El niño fué niña y se llamó Baltasara, siendo su padrino el prelado que estaba llamado á regir los destinos de la monarquía española.

Los cuidados de la conquista de Granada, y las multiplicadas ocupaciones que su posicion hacia pesar sobre él, le hicieron separarse de los venturosos padres de Baltasara.

Ellos no sabian que el padrino de su hija era ya el arzobispo de Toledo. Pobres gentes, viviendo de su trabajo é ignorando cuanto pasaba en Castilla, se honraban con la amistad de aquel sacerdote sin comprender cuánto valia.

Pasaron diez y ocho años, y en este tiempo no volvieron á encontrarse, hasta que Baltasara, deseosa de consolar la angustia de su alma, fué cuatro dias despues del de San Pedro á pedir el consuelo que anhelaba á la religion, postrándose á los piés del confesonario.

La jóven habló al ministro de Dios: aquella vez el ministro era el arzobispo de Toledo, primado de las Españas.

CAPITULO X.

EL MINISTRO DE DIOS.

Baltasara era un ángel: la pureza de sus sentimientos, la bondad de su corazon daban á su fisonomía una expresion que no podia menos de agradar interesando.

Retardada ocho dias su boda, al levantarse del lecho solo faltaban dos para terminar el plazo señalado, y queria antes de pronunciar un juramento pedir consejo á Dios.

Sus padres la habian enseñado á creer que los sacerdotes eran en la tierra los ministros del Todopoderoso.

Llegó con su madre á la iglesia y vió que en un confesonario habia un sacerdote ya de edad.

Se arrodilló ante él y confesó... no sus culpas, porque su alma purísima no se habia manchado con el pecado, sino sus dolores, los pesares que combatian su espíritu.

La sinceridad de sus palabras, la fe que respiraban sus confesiones, la resignacion que manifestaba su alma conmovieron á su confesor.

— No, hija mia, la dijo despues de haberla oido, tú no debes ser desgraciada, seria una injusticia

que sufrieran los ángeles como tú. Olvida ese recuerdo de un amor pasajero. El hombre á quien has prometido fidelidad, ó ha muerto ó no se cuida de sus promesas. Los hombres, hija mia, cuando se dejan dominar por sus pasiones, son como el viento desencadenado; todo cuanto encuentra en su camino lo arrasa, y al lado de la planta venenosa se lleva las hermosas arenas, las flores que embalsama con su aroma el aire de los campos. Tu amante te ha olvidado ó ha sucumbido. De cualquier modo, tú te debes á tu familia, que considera como tu felicidad ese enlace que te hallas pronta á aceptar; te debes á ese hombre que, honrado y cariñoso, te ofrece su fortuna, su amor y su existencia. No por correr en pos de las mentidas ilusiones que ya te han arrebatado el sosiego, pierdas una ocasion de encontrar en la nueva vida que la Providencia te prepara la mas pura de todas las satisfacciones. Yo, hija mia, pediré al cielo en mis oraciones que tranquilice tu espíritu; yo al mismo tiempo no

te abandonaré, y verás como Dios te envia ese consuelo que has venido á buscar, ese consuelo que no niega jamás a la virtud.

Tranquilizada Baltasara con los consejos del sacerdote, despues de recibir su absolucion se dispuso á marchar.

Al llegar á su casa con su madre, hallaron á Lorenzo, que las esperaba con la mayor ansiedad.

Al verlas corrió á su encuentro, revelando en su rostro la inmensa alegría de que estaba poseida su alma.

— Venid... venid... las dijo, tengo una gran noticia que anunciaros.

— ¡Una noticia! exclamaron á un tiempo madre é hija.

— Sí... sí... á que no acertais quién ha venido á vernos poco despues de haberos ido á la iglesia.

— ¿Quién... quién?... preguntó la madre de Baltasara con la mayor curiosidad.

— Adivínalo... vamos...

— ¿Cómo quieres que sepa... si tú no me lo dices?...

— ¿Te acuerdas del padrino de nuestra hija?

— ¿Fray Francisco Ximenez?

— Él mismo...

— Y ha venido... exclamó la mujer dando un salto de alegría.

— A casa no..... pero á Alcalá..... eso ya es otra cosa.

— ¿Se encuentra su merced en Alcalá?...

— Hace ya cuatro dias.

— ¿Y cómo lo has sabido?

— Toma, porque ha enviado á un familiar para decirnos que habia llegado y que desearia vernos.

— ¡Qué bueno es su merced!

— Pues lo mejor no es eso... añadió Lorenzo dando á su voz un acento solemne... has de saber que su merced es nada menos... ¿qué dirás tú?...

— Vamos... no seas pesado... no nos tengas así... dínoslo todo de una vez.

— Pues es mas que arzobispo de Toledo...

— ¿Mas que arzobispo?...

— Sí... cardenal ó yo no sé qué; pero, segun me ha dicho el familiar, su merced no ha cambiado, ha envejecido un poco..... ya se ve, los años no pasan en balde... mas su corazon es el mismo, y se ha acordado de nosotros.

— ¡Qué fortuna, Lorenzo!... dijo su esposa..... Parece que el cielo nos lo ha deparado.

— Ya sé yo por lo que lo dices, añadió el padre de Baltasara, dándose importancia por haber creido adivinar las intenciones de su consorte; lo dices porque siendo padrino de nuestra hija, la hará un buen regalo, ¿no es verdad?

— Quita allá... ¡qué cosas tienes! Como si yo pensara en los regalos. ¡Qué mas regalo que su bendicion! ¿No hemos sido nosotros muy felices, no nos ha dado Dios buenas cosechas, no nos ha concedido una hija que, no porque ella está delante, pero lo digo y lo diré mil veces llenándome la boca, es la doncella mas hermosa de toda la ciudad, y la mas buena y obediente de todas las hijas? Pues si estos bienes nos ha otorgado Dios al unirnos tú y yo... ¿no los debemos asimismo al sacerdote que nos bendijo?

— Tienes razon, mujer...

— ¿Y qué mejor regalo puede hacer Fr. Ximenez á nuestra Baltasara que bendecir su union?

— Pues es verdad... pero no sé si su merced, como ha subido tanto, querrá...

— ¿No se ha acordado de nosotros?

— Sí, pero...

— ¿No nos ha dicho que deseaba vernos?... pues yo iré con mi hija... le diré al presentarla : Mire su merced la perla que sacó de pila... ahora se quiere casar, y como su merced tiene tan buena mano, el favor que le pido es que... ya me comprende su merced; y lo hará, no lo dudes.

— Bueno, bueno... no hay que pensarlo mas, dijo Lorenzo, poniendo punto á la conversacion. Hoy á las doce iremos todos juntos á ver á su merced.

Baltasara gozó como sus padres por aquel inesperado suceso. Desde muy niña la habian referido la historia de su padrino, la habian hablado de la bondad de su alma, de sus virtudes, y muchas veces la habia dicho su madre :

— Si tu padrino te viera tan juiciosa como eres, te comeria á besos, y él, que es tan poderoso, haria algo por tí.

Baltasara, que despues de haber confesado sentia mas sosegado que nunca su espíritu, recibió esta nueva con alegría, y en cuanto llegó Francisco á verla, se la comunicó como un presagio bueno.

El jóven la escuchó con entusiasmo, con ese entusiasmo que nos inspira la mujer á quien adoramos, cuando nos confia el mas insignificante de sus sentimientos.

Como habian convenido Lorenzo y su esposa, aquel mismo dia fueron con Baltasara á visitar al cardenal, quedando con Francisco en que le hablarian de él, pidiéndole licencia para presentarle.

El confesor de la reina Isabel, primado entonces de las Españas, habitaba en el edificio donde habia establecido nueve años antes la célebre Universidad

que ha sido posteriormente uno de los templos del saber humano donde mas se ha venerado la memoria del gran Ximenez de Cisneros.

Aquel interesante grupo, formado por una jóven hermosísima y por sus padres, en cuyo rostro se veia pintada su satisfaccion, llegó á la Universidad; preguntaron por el familiar que habia hablado con Lorenzo, y él los condujo, despues de atravesar algunas salas grandiosamente adornadas, hasta una habitacion en la que se veia sentado á un venerable anciano.

El familiar se adelantó, y dirigiéndose al cardenal le anunció la visita de la familia de Lorenzo.

— Acercaos, hijos mios, dijo con dulce voz. ... acercaos, vosotros sois mis amigos leales y gozo mucho al recibiros.

Lorenzo y su esposa se adelantaron; Baltasara, cortada por la emocion que la causaba aquella solemne presentacion, se quedó un poco atrás.

Lorenzo y su mujer besaron la mano del cardenal...

— Venid... venid, añadió este... tratadme con confianza... os conozco muy bien, sé que sois muy honrados, y la virtud debe ser estimada..... ¿Cómo me hallais... estoy muy viejo?...

— Su merced se encuentra muy bien, se atrevió á tartamudear la madre de Baltasara.

— Han pasado ya tantos años desde que nos conocimos... Tú eras una muchacha, y ya...

— Tiene razon su merced... pero en habiendo salud... Vaya, ¡qué bueno ha sido su merced! continuó diciendo... acordarse de nosotros que somos unos pobres...

— ¿Y no gozais muchísimo al volverme á ver?

— Pues ya se ve que sí, dijo Lorenzo... pero es de agradecer que su merced, que está tan alto, se haya bajado hasta nosotros.

— No digas eso, Lorenzo... los hombres honrados pueden llegar á todas partes; y yo, que he bendecido vuestra union, tengo un placer en volveros á ver al lado mio, en preguntaros cómo os ha ido...

— Señor... nunca nos olvidamos de su merced... en buena hora nos echó su bendicion, ni un año malo, ni un disgusto en la casa...

— Y vuestra hija... y mi ahijada...

— Mírela Vd., señor... hecha una rosa... Ven, hija mia, acércate, besa la mano á tu padrino.

— Calle, estaba ahí... dijo el cardenal, no la habia visto; ven, hija mia, ven...

Baltasara se adelantó temerosa, porque la habitacion en que se hallaba y el traje del cardenal la infundian respeto.

Al llegar cerca del sitial hincó la rodilla en

tierra, besó la mano del prelado y se atrevió á alzar los ojos para mirarle.

Sus ojos se encontraron con los del cardenal...

— Tú, hija mia, eras tú..... la dijo este reconociéndola.

— Vos, señor, exclamó Baltasara...

Lorenzo y su mujer se miraron confusos. ¿Qué significaban aquellas exclamaciones?

El cardenal los sacó de sus dudas...

— Teníais razon, les dijo, al creer que vuestra hija es un modelo de virtud..... Yo la conozco aun mejor que vosotros.

— ¡Cómo!... vuesa merced...

— Esta mañana la he confesado, ¿no es verdad, hija mia?

— Sí, dijo Baltasara, esta mañana habeis dado dulcísimos consuelos á mi corazon.

— Y tu futuro esposo... ¿cómo es que no ha venido á acompañarte?

— ¿Le conoce tambien vuesa merced?

— Vuestra hija me lo ha contado todo.

— Pues bien, señor, nosotros veníamos á pedir una gracia á vuesa merced, y ahora esperamos que nos la concederá, dijo la esposa de Lorenzo.

— Habla... dí lo que quieres.

— Señor... como hemos sido tan felices mi esposo y yo, y como los dos creemos que todo lo debemos á su merced, que nos bendijo... desearíamos... vamos, ya su merced comprende... que bendijera á los muchachos.

— ¿No es mas que eso lo que tú quieres?...

— ¿Y qué mas?... ¡Bah! eso es todo lo que pudiéramos desear.

— ¿Cuándo serán las bodas?

— Si vuesa merced no dispone otra cosa, el domingo.

— Bien está... yo los bendeciré en la capilla de la Universidad... pero no lo digais á nadie..... no me conviene que sepa el vecindario de Alcalá que yo me encuentro aquí.

El familiar se presentó, habló algunas palabras al oido del cardenal y salió.

— Vais á dejarme solo, dijo el prelado á la familia de Lorenzo... mañana presentadme el prometido de Baltasara, pasado mañana bendeciré su union.

Ebrios de alegría los dos esposos, se alejaron bendiciendo á su vez al cardenal.

Cuando Baltasara al despedirse de él besó su mano:

— Cuenta siempre conmigo, la dijo.

— No os olvideis, señor, murmuró Baltasara, que me habeis prometido rogar á Dios por mí.

¿Cómo el cardenal habia escuchado la confesion de la jóven? se preguntarán nuestros lectores.

Para satisfacer su curiosidad bastará que les digamos que el cardenal Ximenez de Cisneros, aunque ocupado en los asuntos políticos, comprendia su mision religiosa, como los verdaderos sacerdotes, á quienes puede llamarse imágenes del Todopoderoso en el mundo.

Habia sufrido, y se consolaba consolando á los que sufrian.

Al abrazar la carrera religiosa habia seguido los impulsos de su corazon, que le inclinaban á una vida contemplativa y espiritual.

La Providencia le habia designado para que, secundando las ideas de los Reyes Católicos, fuese el regenerador de España; los negocios políticos le

absorbian, y aunque se hallaba en tan alto puesto que era la primera dignidad de la Iglesia, gustábale descender al confesonario y escuchar la confianza de los dolores humanos para endulzarlos y extinguirlos.

Por eso le habia hallado Baltasara en el confesonario; pero hemos dicho que el paje le habló al oido, de resultas de lo cual indicó á sus amigos que le dejasen solo, y no debemos perder de vista al cardenal despues que Lorenzo y su esposa salieron de su estancia, porque la escena que sucedió á la que hemos descrito, es de gran interés para nuestra historia.

CAPITULO XI.

LA AMBICION DE LOS HOMBRES.

Antes de ahora hemos hablado, si bien sucintamente, del estado de casi todas las cuestiones de la política europea que se agitaban por entonces.

Todavía no habian llegado las diversas naciones

á organizarse, y cada una codiciaba los bienes de la otra, único móvil de la guerra, que era la ocupacion favorita de todos los monarcas.

La idea de libertad que mas tarde ha conseguido en cierto modo el equilibrio social, avanzaba trabajosamente, y destruia poco á poco los restos del feudalismo, el mas bárbaro de todos los sistemas, barrera del progreso intelectual y forma de la estúpida é irritante ley del mas fuerte, que tanta sangre ha costado destruir.

Todos los intereses estaban trastornados y confundidos. La ambicion era la pasion favorita de los soberanos.

Entre todos, únicamente el Rey Católico, regente de la monarquía española por muerte de su hijo político el archiduque de Austria, por incapacidad de su hija y por menor edad de su nieto D. Carlos, era el mas combatido de todos los monarcas.

En Castilla la mayor parte de los nobles se con-

juraban contra él, en Nápoles luchaban sus ejércitos, Francia habia perdido la Navarra y trataba de recuperarla á toda costa : para complemento de sus cuidados, el emperador de Austria, de acuerdo con algunos grandes señores de Castilla, y fundado en que era el abuelo tambien del príncipe D. Carlos, trataba de influir en los asuntos de la nacion española, y no perdonaba ocasion de intrigar contra el rey D. Fernando.

Acosado por unos, vendido por los otros, teniendo que castigar con una mano y que contentar con otra, sufria el esposo viudo de la reina Isabel, y en medio de aquella confusion no conocia que el único amigo con quien podia contar, el solo que podia salvarle era el cardenal Ximenez de Cisneros.

Los muchos envidiosos que, enemistados con la influencia que tenia sobre las masas el ilustre prelado, no hacian mas que buscar ocasiones de zaherirle y de ponerle en pugna con el monarca regente, le inclinaron á creer que era su mayor

enemigo, que conspiraba contra él, y D. Fernando le separó su confianza.

Sin embargo, Cisneros conoció el grave riesgo en que se hallaba la corona de Castilla, y consagró todos sus esfuerzos á libertarla de la suerte á que querian condenarla los que fundaban en ella todos sus pensamientos ambiciosos.

Entre los poderosos señores descontentos del gobierno del Rey Católico, el mas ardiente, el mas activo era el duque del Infantado. Tambien el Gran Capitan se manifestaba muy quejoso de la conducta del soberano; y al lado de estos dos dignatarios se agrupaban los nobles, y lo mismo en Castilla que en Andalucía se tenian á todas horas graves conflictos ocasionados por el orgullo y por el ardor que empleaban los señores en no ceder ni un ápice de los derechos que la tradicion les concedia, y que el espíritu nivelador, que empezaba á dominar en el trono y en las masas, trataba de destruir á viva fuerza.

Hemos dicho que el Gran Capitan y el duque del Infantado eran los principales promovedores de la confederacion que contra el rey empezaba á formarse en Castilla y Andalucía. Veamos los motivos de esta enemistad.

Los nobles Andaluces estaban resentidos con el rey D. Fernando porque se creian iguales en todo y por todo á los Castellanos, y el monarca habia gratificado y concedido mercedes á estos, mientras que parecia no cuidarse de aquellos.

El marqués de Priego y el conde de Cabra eran los que mas inquietos se mostraban y mas disgustados por esta indiferencia.

Incitadas por ellos las masas se sublevaron en Córdoba, y la justicia se apoderó de uno de los culpados.

Los criados del obispo D. Juan de Aza trataron á su vez de arrebatar su presa á la justicia, emplearon la fuerza, vinieron á las manos y no sin

grande escándalo arrebataron á los oficiales del rey el sublevado que habian cogido.

Ofendido el rey envió desde Burgos al licenciado Hernan Gomez de Herrera, alcalde de corte, para que se informase del suceso y castigase el atentado.

Entonces el marqués de Priego, viendo que la ocasion era oportuna para manifestar la oposicion que se proponia hacer al monarca, y enviando un emisario al alcalde, le prohibió que entrase en Córdoba, so pena de sufrir las consecuencias de su falta de respeto á la órden que le comunicaba.

Gomez de Herrera, en vez de obedecerle, le mandó á decir que abandonase la ciudad; y tomando esta órden el marqués y los suyos como una injuria, juntaron gente, se apoderaron del enviado del rey y lo encerraron en la fortaleza de Montilla.

Este nuevo desacato disgustó al rey en sumo grado, y decidió ir en persona á castigarle, porque siendo una ofensa á la justicia, podia perturbar la paz y el sosiego del reino.

Al saber sus aprestos, el Gran Capitan, tio del marqués de Priego, escribió á su sobrino aconsejándole que se entregara al rey; y este, conociendo su error, se disponia á obedecer un consejo tan conciliatorio y que pódia evitar trastornos considerables.

Pero el rey no se aplacaba, é insistia en castigar fuertemente al que sin miramientos habia hollado con sus piés la inmaculada espada de la justicia.

En vista de esto los nobles se reunieron en torno suyo tratando de amansarle, y Gonzalo de Córdoba, que estimaba al marqués y que además creia que era muy disculpable la ligereza de un jóven que se entregaba arrepentido á la autoridad

que habia desobedecido, cuando su padre D. Alonso de Aguilar habia perecido por defender el trono, y cuando eran sabidos los sentimientos de adhesion y lealtad de su familia, manifestó gran interés por el perdon de su sobrino, dejando conocer que el rigor que con él se emplease le apartaria del monarca, á quien queria ver siempre digno y respetado, pero nunca rencoroso y sañudo.

D. Fernando no le escuchó tampoco, y llegando á Córdoba con mil soldados de á caballo y tres mil infantes, dispuso la prision del marqués, y el fiscal le acusó de haber cometido el crímen de lesa majestad.

El marqués no quiso responder á la acusacion, ni descargarse tan siquiera: solo alegó los méritos de su familia; pero siendo desoidos, se sustanció el proceso y la sentencia se llevó á efecto.

Algunos caballeros de los comprometidos en la rebelion fueron condenados á muerte y ejecutados

con otros varios pecheros, y el marqués fué sentenciado á destierro perpetuo de la ciudad de Córdoba y de sus posesiones. Su fortaleza de Montilla fué allanada por las tropas del rey.

Tanto rigor agravió en alto grado al Gran Capitan, y el condestable de Castilla, duque del Infantado, participando de sus mismos sentimientos, formuló su disgusto proclamando que se habian hollado los privilegios de los nobles acusando y juzgando á uno de ellos.

Con este motivo hasta quiso salir del reino y separarse del servicio del rey, pero sus amigos le hicieron desistir de esta idea, sosteniendo en él sin embargo el rencor que habia tomado al monarca.

Cada dia descubrian los nobles los proyectos que de reducir su independencia y sus privilegios abrigaba el soberano de Castilla, y tanto por esto como porque los asuntos del reino no iban bien, co-

menzaron sordamente á hacer una guerra obstinada al Rey Católico, una oposicion que no podia hacer mas que sostener la inquietud y el malestar, pero que aun saliendo triunfante no hubiera hecho mas que destruir la obra regeneradora de la magnánima Isabel y de su honrado esposo.

Pero de todos modos conspiraban, y á estas conspiraciones interiores habia que añadir otras que se alimentaban en lejanos países, que se ramificaban por toda Europa, que se extendian hasta Castilla, y que tenian comprometidos en sus empresas á hombres tan importantes como Gonzalo de Córdoba, y los condes de Nájera y Ureña.

Estas conspiraciones tenian por objeto satisfacer los deseos del emperador Maximiliano, que anhelaba separar del gobierno al Rey Católico, proclamar heredero del trono castellano á su nieto D. Carlos, y nombrarse él regente para administrar el reino y hacer predominar en todas las cuestiones la influencia alemana.

Algunos nobles aceptaban este proyecto y se hallaban en inteligencia con los amigos del emperador.

Las negociaciones estaban muy adelantadas, y en los primeros dias de julio del año 1508 se aguardaba en Castilla á un emisario del emperador, que de concierto con los nobles organizaria lo conveniente para dar el golpe, con cuyo triunfo conseguiria su objeto la conspiracion española-alemana.

Hecha esta exposicion del estado de las cosas en Castilla, volvamos á reanudar el hilo de nuestra narracion.

El cardenal estaba en su aposento, y poco despues de separarse de él la familia de Lorenzo, entró en la estancia, acompañado del familiar, un caballero que por su aspecto parecia pertenecer á la mas elevada clase de la nobleza castellana.

Con efecto, este nuevo personaje era el conde de Ureña.

El cardenal se levantó de su sitial para salir á recibirle, y despues de cambiar las mas respetuosas salutaciones y de aceptar el recien llegado un sitial al lado del de Cisneros, comenzaron su diálogo del que no queremos privar á nuestros lectores.

— Su Eminencia dispensará que haya venido á turbar su reposo con mi visita; pero el estado de los asuntos del reino se complica por instantes, el tiempo urge y es necesario que los hombres que pueden remediar el daño se apresuren á ponerle remedio.

Cisneros, que en aquella época representaba el espíritu del pueblo, pero el espíritu recto y racional que engrandece á las naciones, no el parcial y apasionado que las envilece y las arruina; Cisneros, decimos, que habia venido al mundo con la mision de destruir la ley del mas fuerte, representada por los restos de feudalismo que se empeñaban en sostener los nobles, trataba á estos con

miramiento, con cortesía, pero sin confianza, y él, que era con los pobres honrados un padre, un amigo leal y cariñoso, con los grandes señores, con los potentados se manifestaba á su altura, y muchas veces los dominaba con su sagacidad, con su entereza, con su talento.

Habia logrado hacerse necesario á la monarquía española, comprendia que desde el fallecimiento de la reina Isabel atravesaba la nacion un momento de crisis, sabia que él podria terminarse, y para apoderarse de los diversos elementos que luchaban, oia á todos, por todos manifestaba interés, y con su privilegiado tacto lograba tener en su mano el nudo de todas las conspiraciones.

Cortándolo si no lograba deshacerlo, podia devolver á la nacion de Isabel y Fernando todo su brillo y toda su prosperidad.

Mostrándose por tanto muy solícito con el conde de Ureña, le preguntó cuáles eran los motivos que

tan apresuradamente le llevaban á su presencia.

— Podeis hablar sin miedo, le dijo, estamos solos y ya sabeis que me intereso en todas vuestras empresas. ¿Vais á ocuparos del monarca?

— Precisamente. El rey se halla en Sevilla, allí ha pasado gran parte del invierno vengando todavía la desobediencia del marqués de Priego y la rebelion que este noble señor produjo en Córdoba. Allí no pueden verle los nobles, su conducta para con ellos les irrita. En Castilla pasa lo mismo. El cuadro que presentan las ciudades es asolador. Los alcaldes, escudados con el favor del rey, atropellan las casas de los hidalgos, no los dejan obrar con libertad y se disputan el terreno paso á paso. Los plebeyos, al contemplar la poca consideracion con que el monarca trata á sus señores, creen poder desobedecerlos, y la idea de emancipacion cunde y amenaza destruir por completo la paz del reino. Las Cortes nada hacen, nada pueden hacer. El gobierno se debilita; los extranjeros, que codician

nuestros dominios, y los musulmanes, que buscan la ocasion de vengarse de nuestras armas, al vernos débiles caerán sobre nosotros. Para que no suceda esto, necesitamos un monarca celoso de su mision, fuerte, que sepa respetar á los nobles, acatarlos, un monarca que pueda satisfacer las aspiraciones de todos. Si conservamos en el trono á D. Fernando, nuestra perdicion es segura...

— Y bien, dijo Cisneros..... ¿qué partido tomar?

— ¿No habeis pensado vos en el sensible cuadro que os presento?

— ¡Ah! señor conde, he pensado muchas veces, pero no he encontrado el remedio...

— ¡Cómo!... ¿Su Eminencia, dotado con tan claro talento, no ha podido encontrar la salvacion?

— Lo confieso con pena... no.

— Y sin embargo, vos mejor que ningun otro puede sacar á la nacion del triste estado en que se halla.

— Yo, señor...

— Vos.

— Un pobre anciano...

— A quien el pueblo escucha, á quien los nobles aman, á quien el rey respeta.

— Estais equivocado: el pueblo me oye, es cierto, pero solo cuando le hablo de religion. Por lo demás, los nobles sienten que yo, nacido en pobre cuna, haya llegado á obtener el capelo, y el rey... vos lo sabeis mejor que nadie, el rey me ha abandonado, me ha retirado su afecto.

— Suponiendo que sea verdad lo último que acabais de decir, suponiendo que el rey os haya retirado su gracia..... habladme francamente..... antes que cardenal sois hombre... ¿No sentís el

deseo de vengaros... no conoceis que su permanencia en el trono perjudica á la nacion?...

La religion me ha enseñado á perdonar, contestó con humildad Ximenez de Cisneros.

— Veo, dijo despues de una breve pausa el conde de Ureña, veo que no podemos contar con vos.

— Explicaos primero, decidme vuestras intenciones y yo os responderé con lealtad.

— Pues bien, oid; despues de muerto D. Felipe, habiendo dejado un hijo, legítimo heredero del cetro castellano, lo primero que hubiéramos debido hacer hubiera sido traerle á España, investirle con el título de soberano y nombrar á su madre por regente. De este modo vos, el prelado mas principal de España, y los nobles, hubiéramos compartido el poder con la reina madre. No habiéndose tomado este partido y no siendo posible que continúe en el trono el rey Fernando, es necesario destronarle, hacer venir al príncipe

D. Carlos, poner en sus manos el cetro de sus abuelos, y colocarle bajo la tutela de un monarca poderoso y valiente, el único que con su energía puede salvarnos, el que sabrá mejor que nadie respetar nuestros derechos, el emperador Maximiliano.

Semejante proposicion no cogia de nuevo al cardenal. Hacia ya tiempo que habia llegado á su noticia el proyecto de los nobles, y deseando contrarestar un plan que aumentaria los conflictos de la nacion en vez de desterrarlos, trató de conseguir lo que al ir en su busca el conde de Ureña conseguia, que contaran con él para poder velar mas de cerca por los intereses á que habia consagrado todos sus desvelos toda su vida.

Así es que al oir las últimas palabras del conde manifestó su adhesion al proyecto que abrigaba, y despues de recoger todos los cabos, para tener en su poder á los conjurados :

— Pues bien, le dijo... figuraos que acepto el

pensamiento de la nobleza, ¿qué puedo hacer para su triunfo?

— Podeis hacerlo todo, dijo el de Ureña decidiéndose á ser enteramente franco con el cardenal. El pueblo os escucha, los soldados del rey os obedecen. Manifestadles la justicia que nos asiste, adheridlos á nuestro bando, y en vez de hacer una revolucion que cueste mucha sangre haremos un cambio pacífico.

— Contais conmigo pues.

— Como el primero.

— Os agradezco esa confianza, y solo os digo en cambio que estaré á vuestro lado mientras que solo el bien de la nacion os guie.

— Sois cardenal de España, y no es vuestra ambicion la que debemos excitar; pero sois honrado, y el bien del pueblo os interesa. En nombre de él os pido vuestro auxilio.

— Lo tendréis.

— Vuestra mano.

— Tomadla.

— Gracias, gracias..... los nobles creen que sois su mayor enemigo..... no, yo les probaré que sois, que vais á ser el sosten de sus privilegios.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios del cardenal.

El conde de Ureña, sin notarla, continuó su conversacion.

— Puesto que os adherís á nuestros planes, es preciso que sepais el estado de nuestras negociaciones.

— No es necesario, dijo Cisneros fingiendo una absoluta confianza en la nobleza de los fines de los conjurados; pero el conde insistió:

— Formando á vuestro lado debeis saber cuanto sucede...

— Hablad entonces..... añadió el cardenal simulando que se resignaba á oirle.

— El emperador de Austria conoce nuestros planes y los apoya. Cartas confidenciales de S. M., que han traido á nuestras manos sus emisarios, nos aseguran que su mayor deseo es compartir sus cuidados con nosotros. Su nieto el príncipe D. Carlos, nuestro legítimo monarca, heredará á su muerte el imperio de Austria. Alemania y España serán una sola nacion, los Alemanes y los Españoles serán hermanos : preciso es que se acostumbren á enlazar sus intereses, á estimarse, á compartir sus triunfos y sus derrotas, sus pesadumbres y sus alegrías. El rey de los Romanos nos promete, si le elegimos para desempeñar el cargo de tutor de su nieto, respetar nuestros fueros, sostener nuestra independencia. Nosotros hemos aceptado sus proposiciones, y de un momento á otro esperamos un emisario de toda su confianza, que será portador de la última resolucion del monarca aleman.

El emisario ha debido traspasar ayer la frontera y hallarse hoy en tierra de Vizcaya. Trae dinero y está además encargado de ganar gente á su paso. Dentro de cuarenta y ocho horas lo tendremos en Sigüenza, y allí debemos reunirnos los principales miembros de la conspiracion, para escuchar al emisario, leer la resolucion del soberano, y decidir nosotros cuanto se deba hacer.

— ¿Y no temeis que la justicia se apodere del gente del emperador? preguntó el cardenal manifestando un interés vivísimo.

— Nadie sospechará: el emisario es español y viene disfrazado de lacayo. Todas las medidas están muy bien tomadas.

— Entonces...

— Nada mas nos queda por hablar... El domingo en Sigüenza, en el palacio del conde de Nájera.

— No faltaré...

— Contamos con vos.

— Id descuidado y decid á vuestros amigos que el cardenal Ximenez de Cisneros os probará que sabe apreciar vuestros sentimientos en su justo valor.

El conde se despidió del prelado despues de estrechar su mano con la mayor cordialidad.

Salió satisfecho de aquella entrevista, porque creia haber ganado para su causa al hombre que mas influencia tenia en los asuntos políticos, al único capaz de consolidar su obra.

¿No le engañaba una ilusion?

Nuestros lectores no tardarán en conocer el efecto que hizo en el cardenal de España la confianza del conde de Ureña, y la determinacion que tomó al ver amenazado el trono de Castilla con la invasion de extranjeros á quienes solo podian mover la ambicion, la codicia, el deseo de poseer lo ajeno.

CAPITULO XII.

EL HOMBRE DE ESTADO.

Apenas quedó solo en su aposento el cardenal de España, llamó á su secretario y encargó á su familiar que buscase al alcalde de Alcalá.

Dictó al primero una carta que dirigió á D. Iñigo

de Velasco, uno de sus mas buenos y consecuentes amigos, residente en Sevilla.

En ella le contaba el proyecto que abrigaban los nobles de Castilla, aunque sin referirle los nombres de los principales conjurados; sabia que el Rey Católico escuchaba sus consejos, y como á la sazon se hallaba en la capital de Andalucía, le exhortaba á que le encaminase por la verdadera senda del gobierno, para que no pudieran los que tramaban contra él intrigas tan deplorables fundar sus pretensiones. Le indicaba además que la presencia del monarca seria en Castilla muy conveniente, y asegurándole que podian confiar en su lealtad, le pedia que guardase la mayor reserva respecto de los secretos que le revelaba.

Concluida la carta, estampó en ella su firma, la cerró con su sello y dispuso que saliera un correo inmediatamente para llevarla á su destino.

Poco despues llegó el alcalde, y quedándose solo con él le habló de esta manera :

— Habeis jurado fidelidad al rey regente de Castilla, ¿no es cierto?

— Señor, le respondió el alcalde, la he jurado y nunca faltaré á mi juramento.

— Lo creo así, y por eso os he llamado. Es necesario que sin pérdida de tiempo despacheis emisarios á las autoridades de Salamanca, de Toledo y de Aragon. En uno de estos puntos se espera á un enviado del emperador de Alemania, viene disfrazado de lacayo y trae un pliego del emperador que es preciso llegue á mis manos. Que la justicia se apodere de él y lo lleve á Simancas. Si, como espero, es aprehendido, me avisaréis al punto.

El alcalde salió, y acto continuo dió sus disposiciones para que las autoridades estuvieran alerta. Él por su parte, temeroso de que el enviado para

burlar la vigilancia de la justicia se hubiese dirigido á Madrid, acordó lo conveniente para que tampoco por este lado pudiera escaparse.

No habia pasado una hora y ya marchaban los emisarios del alcalde en distintas direcciones.

El cardenal esperó el resultado de sus determinaciones.

Al llegar á su morada el conde de Ureña, le esperaba en ella un desconocido que acababa de llegar de Madrid, y debia presentarle con urgencia un pliego cerrado que habia traido para él.

El conde le abrió.

Era de uno de los agentes del conde de Nájera.

En él le referia que el enviado del emperador habia llegado á Madrid, presentándose en casa del marqués de la Mota, tio del conde de Nájera, y al

mismo tiempo uno de los señores comprometidos en la conspiracion, que temeroso de una emboscada habia cambiado por completo el itenerario de su camino, y que esperaba órdenes para acudir á donde le dijeran y entregar las instrucciones del soberano de Alemania.

Inmediatamente escribió al marqués de la Mota, y entregando su pliego al mismo que le habia llevado el de Madrid, le despachó encargándole que no demorara su partida.

Al dia siguiente fué á ver al cardenal y le comunicó la nueva, rogándole que no faltase á la reunion que debian celebrar en Sigüenza veinticuatro horas despues.

El cardenal dió aviso al alcalde, y este á su vez apostó á sus soldados en el camino de Madrid á Alcalá.

El conde de Ureña partió á reunirse con el conde de Nájera y sus demás amigos.

Ximenez de Cisneros, satisfecho al tener en sus manos el hilo de la conspiracion y la muerte de los conspiradores, experimentó una inmensa satisfaccion.

Su familiar le anunció la visita de la familia del tio Lorenzo, que deseaba presentar á Su Eminencia á su nuevo hijo, al prometido de Baltasara.

Contento por haber llenado cumplidamente sus deberes de hombre de Estado, abrió sus brazos con placer á aquella honrada gente, que no le pedia su apoyo para destronar á un rey, para cometer una injusticia, sino que le suplicaba su bendicion para que dos esposos le debieran la felicidad que esperaban alcanzar al unirse.

Los recibió con sumo agrado, y al despedirse de ellos convinieron en que al dia siguiente, que era domingo, acudirian los novios á la capilla de la Universidad para salir de allí unidos para siempre

con el indisoluble lazo que desea el amor y que la religion concede, santifica y eterniza.

La dicha de Lorenzo y de su esposa era inmensa.

Baltasara parecia estar mas aliviada que nunca de las dolencias de su alma.

En cuanto á Francisco... era el hombre mas dichoso del mundo, iba á ver realizados sus ensueños, y no pedia á la Providencia mas sino que le concediese los medios de hacer feliz á Baltasara.

La alegría de sus amigos, interrumpida el dia de San Pedro por la indisposicion de la jóven, debia continuar.

Los novios, acompañados de sus padres y de sus padrinos, irian muy temprano á la capilla de la Universidad, el cardenal de España los bendeciria, y se celebrarian las bodas en casa de Lorenzo con un banquete y luego con un baile.

Todo era regocijo en casa del honrado labrador.

En tanto un pobre jóven salia de Madrid disfrazado de lacayo. En su rostro se descubrian las huellas de un dolor profundo, y al mismo tiempo un rayo de esperanza.

Debia dirigirse á Sigüenza, pero no podia menos de pasar por Alcalá.

Parecia que un enorme peso llenaba de tristeza las horas de su vida.

Caminaba... caminaba, y el deseo parecia alentarle.

Dejémosle ahora para asistir á las bodas de Baltasara y de Francisco.

No tardaremos en volverle á encontrar.

CAPITULO XIII.

UN DIA DE BODA.

La escena del dia de San Pedro se repitió ocho dias despues.

Desde las primeras horas de la mañana los jóvenes amigos de los novios fueron á despertar á

Baltasara con música, y las mozuelas la ofrecieron ramos de flores, canastillos de flores y otros presentes de esta especie.

Baltasara parecia haberse olvidado del pasado; la idea de que Pedro podia haber faltado á sus promesas hiriendo su amor propio sin que pudiera apercibirse de ello, la hacia estar mas animada que nunca.

Por otra parte, la alegría que respiraban cuantas personas estaban á su lado, la abnegacion y el amor de Francisco, las flores y las galas que la ofrecian para adornarse, todo cuanto la pasaba ocupaba de tal manera su imaginacion, que no podia pensar ni en el pasado ni el porvenir: el presente absorbia todos sus sentidos, se hallaba como aturdida.

Su madre, entusiasmada como lo están todas las madres cuando sus hijas hacen lo que ellas llaman una buena boda, y enorgullecida al mismo

tiempo al ver que todo un cardenal se dignaba echar la bendicion á los novios, habia dicho en secreto á todas sus amigas y á todos sus vecinos que iba á alcanzar tan alta honra, y en secreto se habian repetido los unos á los otros la noticia, de tal manera que casi toda Alcalá la sabia contra la voluntad expresa del prelado.

La novedad del caso habia excitado una curiosidad inmensa, y los mas allegados á la familia del tio Lorenzo pidieron por favor que se les concediera el privilegio de acompañar á los novios, por lo menos hasta la puerta de la Universidad.

Los demás quedarian en la casa y aguardarian la vuelta de los desposados para solemnizarla con el banquete y el baile prometido.

Francisco llegó con el padrino y la madrina, que eran unos honrados labradores, amigos de los padres de los dos contrayentes.

Las once sonaron en el reloj de las monjas Trinitarias. Baltasara estaba radiante de hermosura.

Una saya de listas azules y blancas caia sobre sus piernas torneadas, dejando ver unas medias encarnadas y unos zapatitos con lazos negros. Un jubon negro de pana con lazos blancos en los hombros ceñia su esbelto cuerpo, dejando ver desde el pecho hasta el cuello una camisa con bordados cuyas anchas mangas se cerraban en el puño. El adorno de sus cabellos consistia en dos grupos de preciosas flores.

La comitiva se puso en marcha.

Lorenzo estaba pensativo.

— ¿Qué es lo que tienes? le preguntó su mujer.

— Nada..... pero barrunto que nos va á suceder algo triste.

— ¡Qué cosas tienes! ¿y porqué?

— Mira, si quieres que te diga la verdad, en toda la noche no he podido pegar los ojos.

— ¿Pero porqué, hombre de Dios? ¿quieres explicarte?...

— Te va á entrar murria como á mí.

— Vamos, no seas porra... habla...

— Pues verás... ayer noche, poco antes de acostarme, oí en la calle unos lamentos... ¡Qué lamentos, mujer! ¿Y qué dirás que era?

— ¿Qué habia de ser?..... la nada entre dos platos.

— La... no lo creas; era un perro, un perro muy grande, que al pasar por delante de la puerta de casa se paró y comenzó á aullar de un modo tal que me asustó... Tú ya estabas durmiendo.

— ¿Y el aullido de un perro te ha puesto así tan triste?

— ¿Pues no me ha de poner? ¿Tú sabes lo que el animalito queria decir?

— ¿Y tú lo sabes acaso?

— Has de tener presente que cuando un perro aulla de tal manera que hace creer que es una persona que se queja, anuncia una desgracia próxima, una muerte... quién puede imaginarse lo que anuncia; y como nuestra hija debia casarse hoy, pensé yo... si será para mal...

— ¡Bah... bah!... no seas agorero, y anda mas de prisa, porque si vamos á este paso no llegaremos nunca.

Los dos esposos callaron y continuaron siguiendo á la comitiva que caminaba de este modo:

Los novios delante.

A los novios seguian los padrinos.

A los padrinos los amigos.

Lorenzo y su mujer iban detrás.

La Universidad no estaba lejos de su casa y no tardaron en llegar.

A la puerta del edificio habia mucha gente, que formando corrillos parecia encontrarse preocupada por algun acontecimiento extraordinario.

Un piquete de soldados custodiaba la puerta.

— ¿Qué pasará? se preguntaron unos á otros los novios y sus acompañantes.

El tio Lorenzo se adelantó, y para contestar á la pregunta, preguntó él á su vez á uno de los curiosos que estaban á la entrada de la Universidad.

— Maese Lucas, dijo á un hombre de mediana estatura, de abultado vientre y de cabello rojo, ¿qué sucede que hay tanta gente aquí?

— ¿Qué quieres que suceda? contestó el interpelado, dándose toda la importancia que requeria su situacion de hombre bien informado, ¿qué

quieres que suceda? repitió; que estos nobles no quieren acabar de convencerse de que no hay mas que un rey; conspiran, tienen espías, y los espías, como es natural, caen en poder de la justicia.

— Si no os explicais mas, dijo Lorenzo, que me cuelgo si comprendo una palabra.

— Te lo diré mas claro... esta mañana han preso á un noble que disfrazado de lacayo iba á reunirse con otros de su calaña, yo no sé para qué. El alcalde sabia sus intenciones, apostó á su gente en el camino de Madrid, y sin decir oste ni moste lo han cogido, lo han traido á la presencia del cardenal, que lo está examinando, y si no lo cuelgan por lo menos le llevarán á un calabozo de la Inquisicion, y allí, no quiero decirte lo que harán de él, pero yo te aseguro que no quisiera hallarme en su pellejo.

Estas palabras las oyeron todos los de la comitiva nupcial.

— Válgame Dios, dijo la esposa de Lorenzo, á que va á aguar la boda este suceso.

— Quita allá, mujer, le replicó Lorenzo; ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro? Subamos á buscar al familiar de su merced, y él nos dirá lo que debemos hacer.

Pareciendo prudente esta resolucion, tanto á los novios como á los padrinos, penetraron por la gran puerta, y atravesando un largo claustro, comenzaron á subir la escalera que conducia á la capilla.

A la curiosidad producida en las masas por la prision del conspirador, se reunió la ocasionada por la presencia en aquellos parajes de Baltasara y de Francisco, los dos muy conocidos en la ciudad.

El tio Lorenzo se adelantó, y preguntando por el familiar de Su Eminencia, no tardó en encontrarle.

— Ya sé, le dijo, que hemos venido en mala

hora; pero como quedamos con su merced en que hoy bendeciria á los muchachos, hemos venido, y aquí estamos.

— Habeis hecho muy bien, respondió el familiar; Su Eminencia no se ha olvidado de su promesa. Entrad en la capilla y aguardadle algunos instantes... en seguida bajará, y vuestra hija saldrá de aquí siendo la esposa de su amante.

La comitiva obedeció la órden y penetró en el santuario.

Pasado un cuarto de hora, el familiar anunció que iba á darse principio á la ceremonia, y los novios y sus padrinos fueron á la sacristía á buscar al ministro del Señor.

La capilla era pequeña, pero ofrecia ese aspecto respetuoso y severo que conviene á la casa de Dios.

El monacillo iluminó el altar mayor, y el car-

denal, vestido para oficiar la misa, apareció en la puerta de la sacristía dirigiéndose al presbiterio acompañado de los dos jóvenes, de sus padrinos y de sus padres.

Al mismo tiempo entró en la capilla, acompañado de un teniente de arcabuceros y de cuatro soldados un jóven que, por su traje, por el cansancio que demostraban sus facciones, y por el polvo que aun se veia en su vestido, hubieran reconocido en él nuestros lectores al prisionero, si antes de ahora hubiéramos descrito su traje y su fisonomía.

Despues de haber sufrido el interrogatorio del cardenal sin haber con sus palabras comprometido á ninguno de los señores interesados en la conspiracion de que era agente, dispuso Su Eminencia que fuera inmediatamente trasladado á Simancas y entregado al tribunal de la Inquisicion.

El jóven se resignó al oir esta primera sentencia,

y solo pidió una gracia, la de que le permitieran orar algunos instantes. Su corazon necesitaba consuelo, y solo en la oracion esperaba encontrarle.

El cardenal accedió á sus ruegos, y habiéndole manifestado el teniente de guardias encargado de su custodia que iba á haber una misa en la capilla de la Universidad, el desgraciado prisionero le suplicó que le dejase oirla.

Otorgada esta gracia, — ya lo hemos dicho, — entró en el templo al mismo tiempo en que Baltasara y Francisco llegaban con el sacerdote al altar del Señor.

Como era y es costumbre, los novios habian confesado muy temprano.

Llegaron á las gradas del altar, y allí se arrodillaron.

El padrino se colocó de pié al lado de Francisco, y la madrina al lado de Baltasara.

Un velo cubrió la cabeza de los jóvenes.

Segun costumbre, les preguntó el prelado si habian hecho voto de castidad.

Los dos le contestaron negativamente.

— ¿Quereis, añadió el cardenal en alta voz y dirigiéndose á Francisco, quereis á Baltasara Cantillana por esposa?

— Sí, contestó Francisco estrechando la mano de la jóven, que estaba unida á la suya.

Al oir las palabras del sacerdote, el prisionero, movido por una fuerza desconocida, por un impulso violento, adelantó un paso, sus ojos se encendieron y parecian querer saltarse de sus órbitas; quiso hablar, pero se ahogaron en sus labios sus palabras.

Se detuvo, inclinó su cabeza al peso de un agudo dolor, y permaneció como petrificado.

La ceremonia continuó.

— ¿Quereis, dijo el ministro del Señor dirigiéndose á Baltasara, quereis á Francisco Robledales por esposo?

— Sí, contestó la jóven, pero su mano no estrechó la de su prometido, y en aquel instante se apoderó de su corazon un frio glacial.

— ¿Qué he hecho? se dijo... Dios mio, perdóname.

Al oirla pronunciar el sí, una sonrisa amarga apareció en los labios del prisionero, y un profundo suspiro salió de lo mas íntimo de su alma.

Parecia presa de uno de esos dolores que matan y que debilitan las fuerzas hasta el punto de privar de toda accion á los que los padecen.

El cardenal continuó haciendo á los novios las preguntas propias del acto que celebraban, y una vez terminado el interrogatorio de la Iglesia á sus fieles, de la religion á sus hijos, comenzó á oficiar la misa.

Si los que presenciaban la ceremonia hubieran reparado en Baltasara, hubieran visto que dos lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Los recuerdos del pasado la atormentaban, y ya era tarde.

Despues de la consagracion comulgaron, y al concluir la misa, despues de escuchar el Evangelio recibieron la bendicion, que, santificando su amor, lo hacia eterno é indisoluble.

El acto era imponente, como lo es siempre al menos á nuestros ojos, porque pensamos al mismo tiempo que en su sublimidad en su trascendencia.

El prisionero habia esperado con ansia el último momento, la consumacion de aquel acto que tan vivamente le interesaba.

La ceremonia concluyó : el cardenal acompañado de los acólitos volvió á la sacristía, el teniente y su preso abandonaron la iglesia.

Los esposos y su familia permanecieron un instante en oracion, despues se dispusieron á salir.

— Gracias, querida Baltasara, dijo Francisco á la jóven, gracias porque me has otorgado el derecho de hacerte feliz.

Baltasara no le contestó, y al lado de la madrina se adelantó para salir antes que todos del templo.

La situacion en que se hallaba era un martirio para ella, no podia soportarle mas tiempo y necesitaba aire para respirar porque se ahogaba.

La puerta estaba muy oscura y la cubria un tapiz. El vestíbulo de la capilla solo tenia una luz cansada y apenas podian divisarse las paredes.

Baltasara levantó el tapiz, y al dar un paso mas se detuvo como herida de un rayo.

— Perjura..... tú me has muerto, dijo una voz á su oido.

Aquella voz resonó en el alma de la jóven.

Creyéndose víctima de una ilusion... figurándose que aquel acento lo babia articulado su conciencia, extendió su mano nerviosa para convencerse de que no se engañaba, de que era un ser humano quien habia fulminado aquella acusacion.

Su mano estrechó la del prisionero, y aumentando esta nueva emocion la intensidad de la primera, despues de exhalar un grito penetrante cayó como desplomada en los brazos de su madrina.

Todo esto acaeció en algunos segundos.

La pobre mujer, que la recibió desmayada, repitió el grito, y Francisco y Lorenzo y cuantos se encontraban cerca del sitio en que pasó la escena que describimos, acudieron presurosos en su socorro.

— Baltasara... Baltasara, dijo Francisco... ¿qué tienes? qué sucede?

— Hija mia... dijeron á un tiempo Lorenzo y su esposa.

Todos la cercaron, la llamaron : á nadie respondió.

Trasladada á una habitacion inmediata, la hicieron respirar algunas esencias, su pobre madre desabrochó el jubon que ceñia su cuerpo, la llamó de nuevo, y al cabo de un cuarto de hora de ansiedad y de pena consiguieron hacerla volver en sí.

Francisco lloraba como un niño, sin poder explicarse la causa de aquel inesperado acontecimiento.

Lorenzo recordaba á su mujer con la mayor afliccion que empezaba á cumplirse su presagio.

La infeliz madre lloraba sin poder consolarse.

A los momentos de felicidad que todos habian experimentado sucedieron otros de tormento, de angustia.

Baltasara recobró los sentidos.

— ¿Dónde estoy? dijo mirando á todas partes con un vivo interés, ¿dónde estoy?

— A mi lado, la contestó Francisco..... ¿cómo te encuentras?

Baltasara le miró con amargura, y levantándose de pronto, quiso salir del cuarto en que se hallaba, pero las fuerzas la abandonaron y cayó en los brazos de su madre.

— ¿Dónde está?... dónde está? dijo con un acento de dolor capaz de conmover á los seres mas indiferentes.

— ¿Quién, hija mia, quién? la preguntó su madre.

— Ese... ese que me ha hablado...

— Si no te ha hablado nadie...

— ¡Oh! sí... era su voz... le he reconocido y

quiero verle... arrojarme á sus piés... implorar su perdon y luego morir.

— Pero ¿qué estás diciendo, hija mia?...

— No... no me lo estorbeis... es necesario que yo le vea... va á maldecirme... ¿lo oís? va á maldecirme.

— Hija mia... hija mia, exclamó su pobre madre anegada en llanto... ¡Oh! ¿qué es lo que sucede?... ha perdido la razon.

Francisco, que la escuchaba atónito... que espiaba sus movimientos, se acercó á ella.

— Baltasara... la dijo, ¿no me reconoces? soy tu esposo.

— ¡Mi esposo... gritó de pronto Baltasara, mi esposo tú... no puede ser... he mentido... yo no puedo ser la esposa de nadie!... ¡Ah! dejadme, dejadme que le busque... Me matais con vuestras palabras... Huid, huid de mí...

Al decir esto trató de desasirse de los brazos de su madre, pero las fuerzas la faltaron de nuevo, se repitió el desmayo y fué preciso llevarla á su morada en una litera.

La nueva de este suceso llegó hasta los que estaban en la calle aguardando la salida del prisionero, y la curiosidad se dividió aumentándose.

— ¿Qué habrá ocurrido? se decian unos á otros.

La comitiva, que habia entrado tan alegre, tan satisfecha, tan feliz, salia triste, llorosa.

Parecia que acompañaba á un cadáver en vez de acompañar á los desposados.

Casi al mismo tiempo que la litera apareció en la puerta de la Universidad el jóven prisionero; le custodiaban el teniente de arcabuceros y un piquete de guardias.

Su rostro estaba pálido, sus ojos revelaban una

tristeza profunda, su cabeza caida parecia la de la estatua del dolor.

Su paso era vacilante y necesitaba para andar apoyarse en el brazo del teniente.

La casa de Baltasara, que prometia ser el recinto de la felicidad durante aquel dia de bodas, se convirtió en la morada triste y sombría del pesar.

Los amigos de los desposados se retiraron tristes.

Baltasara fué depositada en su lecho, y Francisco, su madre y el pobre Lorenzo se quedaron á su lado para velarla.

Su pulso ardia : al desmayo siguió el delirio.

El prisionero en tanto, despues de haber entregado al teniente un pliego cerrado suplicándole que le hiciera llegar á las manos de Baltasara, salió de la ciudad encaminándose con sus guar-

dias de vista hácia Simancas, donde debia ser juzgado su delito.

Su alma estaba herida de muerte, porque — ya lo habrán adivinado nuestros lectores — aquel desventurado prisionero, aquel que habia pronunciado la terrible acusacion de la desposada era su amante, que por volver á verla habia aceptado una mision peligrosa, era Pedro de Guevara, que habia asistido á la union de la mujer que habia jurado serle fiel durante toda su vida y que habia faltado á sus juramentos.

CAPITULO XIV.

EXPLICACIONES.

Si algun interés despierta en nuestros lectores el pobre amante con quien la desventura parecia querer ensañarse, si recuerdan que lo dejamos sepultado en un calabozo de la fortaleza de Gante

á merced de los cortesanos flamencos, desearán saber cómo pudo llegar hasta Alcalá, cuál fué su vida durante el tiempo de cautiverio.

Para complacer su curiosidad vamos á referir los episodios de su vida en el espacio que medió desde que alcanzando el afecto de su carcelero logró hacer menos penosa su prision, hasta el momento en que entregado al tribunal de la Inquisicion, despues de haber presenciado el perjurio de Baltasara, solo esperaba consuelo á su dolor en la próxima muerte que le anunciaban los tormentos que como reo de lesa majestad debia sufrir al ser juzgado.

Si no nos es infiel nuestra memoria, dijimos que escribió desde su prision una extensa carta á Baltasara dándola cuenta del triste resultado que habian obtenido sus negociaciones para separarse de sus antiguos compromisos, manifestándola que estaba preso sin saber su delito ni cuál la suerte que le estaria reservada, y animándola á que tu-

viese constancia, á que guardase fidelidad á sus promesas, porque él, en medio de sus desgracias, confiaba en la Providencia y esperaba volver á su lado despues de haber ganado su felicidad con el martirio y unirse á ella para toda la vida.

Esta carta, entregada por Pedro á su carcelero para que la hiciese llegar á su destino, estuvo mucho tiempo en poder del pobre hombre, y un dia, cuando halló una ocasion de enviarla á Gante, para que desde allí la dirigieran á Alcalá, cayó en poder del alcaide de la fortaleza, quien inmediatamente la puso en manos del señor de Chievres.

Examinada por el ayo del príncipe D. Carlos y por los cortesanos sus amigos, encontraron en ella un arma de gran precio para alcanzar el logro de sus fines.

Se convencieron nuevamente de que su prisionero era un hombre de bien; sus temores de que

hubiera podido venderse á los nobles de Castilla, de que hubiera revelado los secretos de la corte de Flandes, los proyectos del emperador, desaparecieron; y en aquella epístola, dictada por el amor, y regada con el llanto de la ausencia, descubrieron la causa de los deseos que habia manifestado el jóven de renunciar á su ambicion, de libertarse de sus compromisos, de abandonar los negocios políticos para entregarse á la vida pacífica de un amor venturoso.

Conociendo como conocian su lealtad y al mismo tiempo sus cualidades las mas oportunas para desempeñar las comisiones que hasta entonces le habian confiado, y deseando aprovechar de nuevo sus servicios, juzgaron que la pasion que alimentaba el jóven seria un poderoso elemento para comprometerle aun mas é impulsarle á continuar sirviendo una causa que ellos, por mas que no la creyesen justa, consideraban como necesaria á sus proyectos ambiciosos.

— Para ganar el interés, el celo, la lealtad de Pedro de Guevara, se dijeron, será preciso hacerle perder todas sus esperanzas de libertad, y cuando ya no vea mas porvenir que una muerte cruel y desesperada, ofrecerle la vida en cambio de mayores sacrificios en favor de nuestros proyectos.

Convinieron en emplear este sistema para ganar la voluntad del hombre que necesitaban, y por de pronto destruyeron la carta que hubiera tranquilizado á Baltasara, dándola ánimo para esperar, fortaleciendo su abatido espíritu y destruyendo sus sospechas de que Pedro hubiese olvidado sus promesas y roto de aquel modo los lazos que ligaban á sus dos corazones.

Él por su parte preguntó muchas veces á su carcelero si habia expedido á España la carta que le habia entregado; y el pobre hombre, sintiendo aumentar su pesadumbre si le confesaba el destino que habia tenido, se limitaba á contestarle que habia obedecido sus órdenes, que la carta debia

hallarse en camino, y que cuando volviera el emisario que la habia llevado satisfaria su ansiedad.

Pero ni el emisario ni la contestacion de Baltasara volvian, y esto desesperaba á Pedro.

En este estado trascurrió el primer año, y en todo él no pudo saber el jóven cuándo terminaria su prision, si seria eterna, si le condenarian ó le absolverian.

Una mañana se presentó el alcaide en su habitacion.

Era la primera vez que le visitaba en todo el tiempo que habia pasado en la fortaleza.

Pedro le recibió con humildad.

— Vengo á hablaros en nombre del monarca, dijo el alcaide, y de la contestacion que deis á mis preguntas dependerá en lo necesivo vuestra suerte.

— Hablad, murmuró Pedro con resignacion, estoy dispuesto á complaceros.

— ¿Sabeis cuál es la causa de vuestra reclusion?

— La ignoro.

— ¿Y no os habeis imaginado nunca cuál podia ser?

— He preguntado muchas veces á mi carcelero el motivo de mi prision, y han sido varias las respuestas que ha dado á mis preguntas. Esto me ha hecho creer que una calumnia, una venganza acaso me habian hecho su víctima, y como mi conciencia está tranquila, he esperado sereno el fallo de mis jueces.

— Sin embargo, las acusaciones que se han hecho de vos al soberano os hacen aparecer traidor á su confianza.

— Esas acusaciones son falsas.

— Vuestra conducta las ha justificado.

— Mi conducta...

— Sí tal; hace un año, cuando fuísteis conducido á esta prision, aguardábais la llegada del emperador con la mayor impaciencia para pedirle que os libertara de los compromisos que habíais contraido con S. M.

— Es cierto... deseaba renunciar al servicio, para entregarme á una vida solitaria y pacífica.

— O para ser agente de los señores de Castilla y espiar á los leales servidores del emperador.

— Esa es una calumnia.

— Sin embargo, los que os acusan prueban que estais de acuerdo con la corte de España.

— Mienten como villanos, y yo quisiera verlos para confundirlos.

— No os irriteis, porque nada adelantais: vuestro delito es palpable, vuestros jueces os han sentenciado.

— Sea en buen hora, dijo Pedro, recogiendo

todas sus fuerzas para escuchar impasible la sentencia que debia cumplir.

— Habeis sido condenado, añadió el alcaide, á permanecer durante vuestra vida en este calabozo.

Este golpe fué mortal para el desventurado amante.

— ¡Toda la vida! dijo con un acento de dolor que desgarraba el alma... ¡toda la vida! Sea.

— Con todo, no creais que vuestros jueces son tan inexorables que no os concedan el derecho de defenderos. Probadles que no es cierto que habeis revelado en Castilla los proyectos de la corte alemana; probadles que habeis sido leal, que abrigais el mismo interés, el mismo amor á la causa que os habia nombrado su agente, que habia confiado en vuestra honradez; alcanzad á fuerza de sacrificios la estimacion que habeis perdido, y entonces puede ser que la sentencia que habeis oido mitigue

su rigor. ¿Aceptais las proposiciones que os hago en nombre de vuestros jueces?

— ¿Qué es lo que pretenden de mí?

Que jureis consagraros al servicio de la causa de Austria, y si es preciso que armeis vuestro brazo para hacer desaparecer los obstáculos que puedan oponerse al logro de sus fines.

— Quieren que sea un criminal, que venda á mi nacion, que asesine á su rey... Un dia, cuando no conocia el mundo, mi corazon, agradecido á los favores que habia recibido de D. Felipe, le siguió y prometió á su padre servirle hasta morir. Desde entonces he comprendido los deberes del hombre, he visto lo terrible, lo criminal de la mision que me habian confiado y he deseado renunciar á ella. No, añadió con entereza Pedro, no conseguirán de mí que sea el instrumento de sus bastardos planes; decidles que me encierren para siempre, que me lleven al patíbulo; antes que ser traidor

á mi patria, á mi religion, quiero morir; de este modo lograré redimir el delito que me han hecho cometer los extravíos de la ambicion, la inexperiencia de la juventud.

— Vos mismo habeis ratificado vuestra sentencia, dijo el alcaide disponiéndose á separarse de Pedro. Vuestras palabras serán repetidas á vuestros jueces.

El jóven nada contestó, el alcaide se alejó cerrando la puerta del calabozo, y Pedro, que despues de aquel acto de honradez, de aquella protesta solemne, habia recordado á Baltasara, cayó en el lecho deshaciéndose en lágrimas.

Ya no la volveria á ver nunca, y este pensamiento era para su alma un martirio mas cruel que la muerte.

Los cuidados que para con él habia tenido su carcelero cesaron, otro hombre se encargó de custodiarle, y algunos meses que sucedieron á la entrevista de Pedro y del alcaide, algunos meses

en que la lucha de su amor y su honor fué ardiente é implacable, le pusieron en un estado lastimoso.

Cuando, no pudiendo soportar por mas tiempo su angustiosa situacion, rogó al alcaide que le escuchara, el guardador de la fortaleza se horrorizó del aspecto que presentaba el jóven.

Parecia un cadáver que se levantaba del sepulcro.

Pedro, dominado por su pasion, estaba dispuesto á vender su conciencia y su brazo, si en premio de este sacrificio le dejaban volver á ver á Baltasara, llamarla suya, aunque fuera un solo instante, morir, si era preciso, en sus brazos.

El alcaide le oyó y corrió á participar al señor de Chievres el triunfo que se habia conseguido.

Por entonces eran mas necesarios y mas urgentes que nunca los servicios del jóven.

Los que rodeaban al príncipe D. Carlos de acuerdo con los nobles de Castilla, necesitaban un confidente que llevase á manos de estos los pliegos que contenian sus determinaciones.

Al mismo tiempo, los que deseaban á toda costa que el heredero de Felipe el *Hermoso* fuese proclamado rey de España, abrigaban un segundo proyecto infalible en el caso de que fracasara el plan que con los Castellanos habian concertado.

Tal era el de hacer desaparecer al Rey Católico; pero esta idea terrible, este crímen horroroso emanaba únicamente de los amigos del señor de Chievres.

El emperador y los nobles de Castilla eran ajenos á esta maquinacion.

Al escuchar de los labios del alcaide que Pedro de Guevara aceptaba las proposiciones que anteriormente le habian hecho para alcanzar la libertad, creyeron encontrar lo que necesitaban, y convinie-

ron en que despues de someterle á duras pruebas, le enviarian á España con una doble mision, la de ser mensajero de los pliegos secretos del emperador á los nobles de Castilla, y la de buscar los medios de hacer desaparecer al monarca castellano, si las negociaciones entabladas fracasaban, y no era llamado inmediatamente á la sucesion del trono de sus padres el príncipe D. Carlos.

Renunciamos á referiros los martirios que pasó el pobre jóven, la lucha de los nobles sentimientos que su amor le inspiraba, con los sacrificios que este mismo amor, que era su vida, le imponia.

La ausencia habia aumentado de tal modo la pasion que sentia hácia Baltasara, que tuvo fuerzas suficientes para resistir á las pruebas á que le sometieron, y aceptó la mision que le confiaban, jurando antes morir que hacer traicion y descubrir los secretos de que era depositario.

Únicamente rechazó la infame proposicion de

atentar á la vida del monarca, y los conspiradores, necesitando á toda costa de la ayuda del jóven, le eximieron de este terrible peso, esperando confiar la ejecucion de su proyecto al brazo de uno de los muchos asesinos que se vendian á la venganza, y que vivian en Castilla á la sombra de los palacios y de las casas de los grandes señores.

Las negociaciones de los cortesanos españoles y flamencos se estrechaban mas y mas cada dia, y fué preciso que Pedro, ganada ya de nuevo la confianza del emperador, se dispusiera á abandonar á Gante para llevar á los condes de Nájera y de Ureña, jefes de la conspiracion, las instrucciones verbales y escritas del soberano aleman y de sus aliados en la cuestion que mas interés le inspiraba.

Ebrio de gozo al ver que no solo se habian abierto para él las puertas de su prision, sino que se encontraba ya en camino de su patria, de la patria donde vivia Baltasara, donde se hallaba su

único bien, Pedro olvidó casi completamente el precio á que pagaba esta alegría, y dándole alas el deseo, y temiendo ser detenido si se sospechaba su mision, si alguno de los confidentes del secreto lo habia vendido, escogió un camino diverso del que le habian trazado, atravesó los Pirineos, cruzó la Vizcaya y fué á Madrid, desde donde se dirigió á Alcalá antes de ir á Salamanca á cumplir las órdenes del conde, porque ya no podia estar mas tiempo sin correr á los brazos de Baltasara, estrecharla en los suyos, referirla las amarguras que habia sufrido, asegurarla que no la habia olvidado, que la adoraba aun mas que el primer dia, y probar al mismo tiempo si podia mas su amor que su conciencia, para enlazarse á Baltasara, si el primero salia victorioso, y refugiarse con ella en un paraje á donde no pudieran alcanzar no solo las pesquisas de los hombres, pero ni siquiera sus miradas.

Disfrazado de lacayo, como dijimos en el ante-

rior capítulo, abandonó su posada de Madrid y se encaminó á Alcalá con el ansia que pueden imaginarse nuestros lectores si alguna vez, despues de haber estado mucho tiempo ausentes del objeto de todo su cariño, de la mujer mas adorada, han podido darse cuenta del sentimiento que experimentaban al correr en su busca.

Salió al anochecer de Madrid en una mula de alquiler, y anduvo casi toda la noche. En las primeras horas de la mañana se detuvo un instante en una venta que habia en despoblado, cerca ya de Alcalá, y allí, cuando menos podia pensarlo, cayó en poder de los soldados que en su persecucion habia enviado el alcalde por órden del cardenal de España.

Este golpe fué para Pedro muy terrible, porque le recordó la realidad de su posicion, midió las consecuencias, y solo le consolaba la esperanza de ver á Baltasara, de poderla decir antes de separarse de ella, y entonces quizá para siempre, que la amaba,

que habia pensado en ella, que era su único bien.

Llegó á Alcalá, y acto continuo fué conducido á la presencia del cardenal de España.

El prelado aguardaba descubrir en el primer interrogatorio las mas secretas intenciones de los conjurados.

Ximenez de Cisneros era un hombre hábil; su mirada, aunque cansada por la edad, era penetrante, y en vano se trataba de ocultarle los misterios mas recónditos del alma cuando sus ojos se fijaban en los del que se presentaba á su vista para ser interrogado ó examinado por él.

Confiado en los recursos de su sagacidad y su talento, apenas supo la llegada del jóven prisionero mandó que fuera conducido á su presencia.

Pedro entró en la habitacion del prelado.

— Acercaos, jóven, le dijo este, acercaos y pro-

metedme contestar sinceramente á todas mis preguntas. ¿Cómo os llamais?

— ¿Es el juez ó el ministro de Dios que me pregunta?

— Ahora es el ministro de Dios, mas tarde será el juez.

— Pues bien, mi nombre es Pedro de Guevara.

— ¿Vuestra patria?

— Castilla.

— ¿Sois español, y sin embargo conspirais contra la tranquilidad de vuestra patria?

— Señor...

— Teneis razon, añadió el cardenal, que habia comprendido en la última palabra de Pedro una reconvencion; todavía no debe ser el juez quien os hable.

— ¿Teneis padres, familia?...

— Tengo un hermano que habita en Alcalá.

— ¿Es vuestro hermano D. Diego de Guevara?

— Es el hermano primogénito, pero os suplico en nombre del honor de una familia que ha respetado siempre los timbres de su nobleza, os suplico que nunca llegue á saber D. Diego la mísera condicion á que se halla reducido su desgraciado hermano.

— ¿Sois desgraciado?

— Tanto... que si vos lo supiérais, acaso os compadeceríais de mí.

— Hablad...

— Puede ser que algun dia os confie mis penas si quereis ser mi confesor.

— Sin embargo las nuevas que yo tengo acerca de vos, vuestros antecedentes os presentan mas

bien culpable que desgraciado, sois mas digno de castigo que de lástima. Oid : ahora es el juez quien os habla. ¿Sabeis porqué habeis sido preso?

— Lo ignoro, señor. Se han apoderado de mí sin decirme el motivo.

— Se os acusa de traidor á vuestra patria y vuestro rey; dicen que sois agente de una conspiracion que si triunfara pondria en grave conflicto á la nacion que os ha visto nacer. ¿Podréis negar que son verdad estas acusaciones?

Pedro hubiera confesado, porque un sentimiento de honradez le hacia recordar sus deberes de hombre; pero habia jurado antes morir que descubrir á los culpables, y así negó.

— Haceis mal en mentir, le dijo el cardenal. Si no son ciertas esas acusaciones de que habeis sido objeto, ¿por qué razon òs hallais con un traje que no es el que pertenece á vuestra clase, ni á vuestra posicion?

Pedro calló, no queria mentir ni faltar á sus juramentos.

El cardenal le hizo varias preguntas.

— Señor, si la desgracia, dijo Pedro, me hace pasar á vuestros ojos como un criminal; si ella misma me hace serlo, no me exijais, por Dios, que delinca dos veces: la primera obedeciendo á los que disponen de mi vida, la segunda faltando á juramentos empeñados. ¿Creeis que merezco castigo? castigadme: no espereis de mí ninguna delacion.

— Vos conducíais un pliego á algunos nobles de Castilla; ¿qué habeis hecho de él?

— Señor...

— Al registraros la justicia no ha podido encontrarle, y es necesario que parezca.

— Ese pliego de que hablais lo he hecho pedazos.

— ¿Pero sabíais su contenido?...

— Sí.

— ¿Me lo diréis?

— Nunca, señor.

— ¿Persistís en continuar empleando la reserva?

— Primero moriré que delatar á nadie.

— Ved que la Inquisicion os va á juzgar.

— Dios lee en lo mas íntimo de las almas, y espero en su misericordia.

— Dios abandona á los criminales.

— Por eso espero que á mi no me abandone.

— Ved que si no confesais vais á sufrir tormentos horrorosos.

— He sufrido ya tanto, que no me espanta el dolor.

— Pensadlo bien: sois jóven, acaso estais extraviado... una locura, una falta de experiencia puede perdonarse, pero una obstinacion como la vuestra solo merece castigo.

— No puedo deciros mas de lo que os he dicho.

— Bien está: en el tormento respondereis á las preguntas que os hagan.

— No lo espereis...

— Hay instantes terribles.

— Creed que el de mi muerte será para mi alma el mas dichoso. Si cuando llegue quereis ejercer la santa mision que el cielo os ha confiado, venid á oir mi última confesion. Lo que ahora oculto al juez se lo confiaré al ministro de Dios. ¿Me concederéis este gracia?

— No podria negárosla; pero la justicia debe obrar, y voy á poneros en sus manos.

El cardenal llamó, y entró su familiar.

Salió y á poco volvió con el teniente á quien fué confiada la custodia del preso.

El resto ya lo saben nuestros lectores, y no habrán olvidado que dejamos á Pedro camino de Simancas.

Hay seres á quienes Dios escoge para probarlos: el sufrimiento los persigue á todas partes, la virtud los sostiene: la felicidad que al fin alcanzan en la tierra ó en el cielo es su premio.

Pedro, sin embargo, merecia en cierto modo la desgracia que le perseguia.

En los primeros años de su vida, un sentimiento de odio, de venganza y de ambicion le habia afiliado á una causa indigna de un corazon noble como era el suyo: mas tarde, el amor de Baltasara

le habia hecho avergonzarse de su pasado, soñando con un porvenir de felicidad. Para alcanzar perdon para redimir su pecado necesitaba sufrir antes sus consecuencias.

¡Ah! la expiacion es inevitable; pero la bondad de la Providencia es infinita.

Al verse prisionero nuestro héroe, sentia separarse de Baltasara, porque la amaba, pero no así su arresto que le privaba de cumplir órdenes odiosas para él.

Cuando apuró la copa de amargura, cuando asistió á la union de su amante en los momentos en que mas la adoraba, cuando vió que ella misma desgarraba los lazos que hasta entonces habian unido sus corazones, ya no esperó mas que en la muerte.

Vivia por Baltasara; faltándole ella, ¿para qué queria vivir?

Llegó á Simancas y fué puesto en poder de la Inquisicion.

Inmediatamente fué sepultado en un calabozo.

Baltasara recibió el pliego que antes de salir de Alcalá entregó al capitan para que le hiciese llegar á las manos de la jóven.

Volvamos nuestros ojos á la casa del desventurado Lorenzo.

CAPITULO XV.

LA DESPEDIDA.

¡Quién lo hubiera pensado!

La morada feliz de dos honrados esposos que alcanzaban la inefable dicha de unir su hija á un hombre digno de ella por sus virtudes, y que ade-

más podia asegurarla un porvenir de felicidad doméstica; la morada donde el amor habia hecho ostentacion de todos sus atractivos para alegrar los corazones de dos ámantes padres, de dos almas amantes, donde todo era júbilo y esperanzas, se habia convertido en la mansion mas triste del dolor.

Los ramos de flores, los adornos de la desposada esparcidos aquí y allá, abandonados; los jóvenes que disfrutaban con la ventura de los novios, dispuestos á regocijarse algunas horas antes, estaban mustios, una sombra pesada oscurecia su cielo; Baltasara yacia en el lecho cadavérica, Francisco á su lado lloraba, y Lorenzo y su esposa de rodillas pedian al Ser Supremo que no les arrebatase á su hija, porque era su único tesoro, su único bien.

La nueva del accidente ocurrido á Baltasara se divulgó por toda la ciudad, y sin que nadie pudiera explicarse la causa de aquella inesperada desgracia, todos los que estimaban su hermosura ó su

virtud, corrieron á aumentar el coro de lamentaciones en que habian trocado sus cantares de júbilo los convidados á la boda.

El cardenal envió á su familiar á informarse del estado de su ahijada, y aunque salió de Alcalá poco despues de la ceremonia para dirigirse á Sigüenza, dejó encargado á sus servidores que no abandonaran á la pobre familia que distinguia con su proteccion.

Bien pronto llegó la noche, y la fiebre de Baltasara, la exaltacion de su cerebro fué mayor.

Ni sus padres ni Francisco sabian qué partido tomar para calmar la agitacion de la jóven.

Dos dias se pasaron, y al tercero amaneció mas despejada.

Se encontraba muy débil, pero las esperanzas de salvarla renacieron en todos los que se interesaban por su salud.

La juventud habia vencido á la enfermedad, y el cuerpo comenzaba á fortalecerse; pero el alma... ¡ ay ! el alma estaba herida de muerte.

La pobre no se atrevia á fijar sus ojos en Francisco, porque temia que descubriera en ellos el doloroso secreto de su mal; y únicamente deseaba estar al lado de su madre, porque la buena mujer se habia olvidado de los dolores de los demás para entregarse al suyo, que, siendo el menos egoista, la impulsaba á cuidar de su hija antes que de ella misma.

Francisco, por temor de retardar la convalecencia de su esposa, no se atrevia á presentarse á ella.

Si habia sido su pesadumbre causada por su union, ¿no aumentaria su mal en vez de mitigarle si se acercaba á hablarla, á verla?

Francisco era un modelo de resignacion.

Al cuarto dia se hallaban solos en su modesta casa Baltasara y su madre.

Oyeron un golpe en la puerta, y la segunda bajó á abrir.

Poco despues, volvió al cuarto de su hija llevando un pliego en sus manos.

— Un hombre, dijo, me ha dado esto para tí.

Baltasara cogió el pliego apresuradamente y lo leyó.

Su madre, que no sabia leer, espiaba sus movimientos para adivinar en ellos el contenido de aquel papel.

Apenas hubo terminado su lectura, cayó la jóven en los brazos de su madre exclamando :

— ¡Ah! madre mia, soy la mas desgraciada de este mundo.

— ¿Qué tienes?... qué nueva desgracia nos ame-

naza? la preguntó la pobre mujer con la mayor ansiedad.

Baltasara no la contestó, y levantándose de pronto despues de un instante de indecision:

— Venid conmigo, madre, la dijo... necesito vuestra ayuda.

— ¿Pero qué pasa?

— Mas tarde lo sabréis... Ahora seguidme.

— ¿A dónde?

— A ver al cardenal.

Madre é hija salieron. El cardenal habia partido con direccion á Sigüenza, y nadie sabia si volveria á Alcalá.

La esposa de Lorenzo quiso durante el camino que anduvieron para regresar á su vivienda, quiso preguntarla muchas veces el motivo que la impelia á desear hablar con su padrino, pero no se atrevió.

Las facciones de la jóven revelaban un inmenso dolor, un dolor comprimido, mas próximo á estallar, y el dolor en todas las edades, en todas las situaciones inspira respeto.

Cuando Baltasara pudo quedarse sola, sus ojos se anegaron de lágrimas; no tenia fuerzas para exaltarse, su espíritu estaba abatido, y se habia apoderado de su alma una profunda melancolía.

Sus ojos se fijaron de nuevo en el pliego que la habia entregado su madre.

Nuestros lectores no deben ignorar su contenido.

Baltasara volvió á leerlo. Hé aquí las palabras que habia trazado la vacilante mano de Pedro de Guevara:

« Dos años de continùos y atroces tormentos no han podido borrar de mi alma el amor que te profesaba.

» Para volver á verte y renovarte los juramentos que te habia hecho, he aceptado una mision que la justicia, en cuyo poder me hallo, castigará con crueles tormentos, acaso con la muerte.

» El premio de mi constancia es tu perjurio, tu abandono... Mi desgracia ha querido que asista á tu desposorio.

» Me has muerto, Baltasara; pero te he amado tanto, que te perdono.

» Ya no nos volveremos á ver nunca en la tierra. Adios para siempre. »

Este perdon y la terrible despedida que le acompañaba cayeron en el corazon de la jóven como un peso enorme.

La infeliz comprendia toda su desgracia, y estaba sobrecogida. ¿Qué podia hacer despues de haber jurado ante el altar fidelidad y amor al hombre que era su esposo?

CAPITULO XVI.

LA REVELACION.

Baltasara soñaba y pronunciaba de cuando en cuando algunas frases que eran para el corazon de su esposo terribles puñaladas...

— Dejadme..... dejadme..... decia la infeliz.....

quiero verle antes de morir..... Es mi csposo; antes que á nadie le he jurado ser suya..... Dios nos oia y nos echaba su bendicion..... No..... no le atormenteis sin que me haya perdonado..... Esperad, esperad que yo reciba su perdon, y luego moriremos los dos juntos. Pedro... Pedro... nos quieren separar... ven á mis brazos... ven... nadie podrá arrancarte de ellos...

Su agitacion crecia... su respiracion era mas angustiosa que nunca...

— No le mateis, gritó de pronto, no le mateis... Deteneos... ¡esa hoguera!... Dios mio, le van á consumir las llamas... y él me perdona y jura amarme eternamente... ¡Oh! apiadaos de mí... — Le llevan... el crucifijo está en sus manos... se arrodilla... asesinos, dejadle, dejadle... No me oyen... las llamas le rodean... ¡ah!

Se despertó de pronto, y al mismo tiempo entró en el cuarto con una luz su pobre madre.

Al verse al lado de Francisco, bajó los ojos avergonzada y se cubrió el rostro con las manos.

— Madre, dijo Francisco á la esposa de Lorenzo, dejadnos solos un instante; Baltasara y yo tenemos que hablar.

La buena mujer salió del cuarto, y por la primera vez, despues de haber recibido la bendicion nupcial, se hallaron solos Baltasara y Francisco.

Este último habia adivinado la causa de su desgracia, y queria apurar hasta las heces el cáliz de su amargura.

— Baltasara, dijo á su esposa tratando de contener su emocion y dando á su acento un tono cariñoso, Baltasara, Dios nos ha unido, he jurado ante él protegerte y amarte y es necesario que cumpla mis deberes. ¿No me tienes ni siquiera el afecto que tendrias á un hermano?

Baltasara al oirle tembló, pero la cariñosa voz

de Francisco la dió ánimo para sostener el interrogatorio que necesariamente debia hacerla el que ya era ante Dios y los hombres su protector, su esposo.

— Francisco, le dijo... ese afecto que me pides te lo profeso y tú lo sabes... Conozco que estarás ofendido de mi conducta... pero soy tan desgraciada... ¡ah! díme, ¿no es verdad que me perdonas?

— Te amo mucho, Baltasara, y no es perdonarte lo que deseo, porque tú no me has ofendido, no has podido ofenderme: lo que quiero, lo que daria mi vida por poderlo lograr es consolarte, es dar mi vida y todo cuanto tengo por verte un solo instante dichosa.

— ¡Qué bueno eres!... dijo la jóven tendiéndole su mano... y despues añadió: ¡Cuán desgraciado te he hecho!

— ¿Crees tú que soy digno de compasion?

— Aun mas digno de amor.

— Pues bien, si así lo crees, yo no te pido mas sino que tengas lástima de mí. Ábreme tu corazon, díme la causa de tu martirio...

— ¡ Francisco !... dijo Baltasara con un acento de tristeza indefinible... me pides que aumente tu dolor.

— No importa... la ansia me mata. Ofréceme que me descubrirás los misterios de tu alma... no te exijo mas que esto.

— Pues bien, yo te lo ofrezco... habla...

— Baltasara, tú amas á un hombre, y ese hombre no soy yo...

La jóven no pudo articular una sola palabra.

— Tu silencio, añadió Francisco... afirma la verdad de mis palabras, ¿no es verdad?

— Sí, dijo Baltasara... amo á otro hombre... por esto imploro tu perdon.

Francisco sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas... quiso continuar preguntando á la jóven, pero la emocion ahogaba en sus labios las palabras.

— Amo á otro hombre, continuó diciendo Balsara con timidez y al mismo tiempo con la resolucion que da la lealtad, le amo desde el principio de mi vida, antes de conocerte, sino te hubiera amado á tí, porque eres el hombre mas honrado del mundo, el que mas pruebas de abnegacion me ha dado.

— ¿Y ese hombre es Pedro?... se atrevió á decir Francisco.

— ¿Acaso le conoces?...

— No: no quiero engañarte, hace un instante... aquí cuando dormias, soñabas; y te has hecho traicion. Has pronunciado el nombre que acabo de decirte, y te suplico que de una vez me saques de la ansiedad en que estoy. No veas en mí al esposo:

busca en mi corazon el de un amigo, el de un hermano, el de una madre que puede comprenderte... Vamos, apiádate de mí.

Baltasara confió á Francisco el secreto que siempre le habia ocultado, y el jóven escuchó la terrible revelacion con interés, no con rencor.

Perdonaba á Baltasara su engaño, no su engaño, su resignacion á obedecer á sus padres, á aceptarle como consorte, y la perdonaba al comprender su sufrimiento, porque él tambien sufria, y los que sufren saben perdonar.

Por devolverla la felicidad que habia perdido al unirse con él daria su vida, porque el amor que la profesaba era, al mismo tiempo que el del amante apasionado, el del padre solícito que vela y que previene los males sacrificándose por evitarlos.

— Bien está, dijo Francisco cuando Baltasara acabó de referirle la historia de sus padecimientos,

despues de suplicarle que no los revelase á nadie; bien está, tu secreto nunca saldrá de mí, y yo te probaré que te amo mas que todo el mundo. Nuestra union será cierta á los ojos de él, pero tú quedas libre y á los ojos de Dios puedes amar á ese hombre que, mas feliz que yo, es dueño de tu alma. Aun haré mas; se halla preso, sufre quizá el martirio que la justicia impone á los reos, ¿quieres que ocupe su lugar y que te le devuelva?

Baltasara cayó de rodillas á los piés de Francisco, y besando sus manos con ese reconocimiento que no puede explicarse, pero que lo comprenderán nuestros lectores, permaneció algun tiempo de aquel modo, hasta que levantándola Francisco:

— Te juro, la dijo, salvar á Pedro ó morir.

— Y yo te juro, añadió ella, te juro por esa abnegacion que manifiestas no manchar nunca el honor que al enlazarte á mí has confiado á mi guarda.

Baltasara se sentia cansada, y segun convinieron, al dia siguiente buscarian los medios de saber el estado de Pedro de Guevara.

Convinieron tambien, para no turbar la tranquilidad de sus padres, en aparecer á sus ojos como los mas dichosos de la tierra, y cuando Lorenzo y su esposa entraron en la habitacion de su hija, descubrieron que su rostro estaba sereno, que una dulce sonrisa iluminaba sus labios, y al separarse de ella dieron gracias á Dios porque la creyeron muy feliz, y ella les confesó que lo era y que se sentia bien.

Baltasara buscó en el lecho algun descanso. Francisco, sentado á la cabecera, pasó toda la noche pensando en los medios de salvar al prisionero, olvidándose de que él era quien le robaba toda la felicidad que habia soñado.

Pero Francisco era uno de esos hombres que saben sacrificar sus pasiones y sus deseos al bienestar

de los demás, uno de esos hombres que se consuelan consolando.

El mundo los llama hombres de bien : nosotros diríamos que son en el mundo los ángeles de la guarda.

CAPITULO XVII.

EL PRIMER TORMENTO.

Pedro llegó á Simancas, lugar famoso hoy por conservarse en su antiguo castillo el precioso archivo de la Corona castellana, y fué entregado al tribunal de la Inquisicion por el alcalde de Alcalá,

quien formuló su acusacion por órden secreta del cardenal de España.

El reo fué inmediatamente conducido al calabozo y puesto incomunicado.

Durante el viaje ni una sola palabra habia hablado ni con los soldados ni con los alguaciles que le custodiaban.

Parecia que habia perdido toda su sensibilidad y que era un autómata; pero esto consistia en que la fuerza del dolor que experimentaba habia abatido su espíritu, le habia aniquilado, y se encontraba en un estado de idiotez cuya reaccion debia ser terrible.

Y lo fué con efecto.

Al hallarse encerrado en un calabozo, pero no ya lejos, muy lejos de la mujer en quien cifraba todas sus esperanzas, no ya creyendo que algun dia se abririan las puertas de su prision y podria volar á

donde le aguardaba la felicidad y el amor, sino sabiendo que todo habia acabado para él en el mundo, que la mujer que habia jurado serle fiel eternamente le habia vendido jurando ante el altar á otro hombre fidelidad eterna, que se hallaba en poder de un tribunal inexorable, y convicto de un crímen de lesa majestad, de un crímen que despues del tormento seria castigado con la muerte afrentosa de la hoguera; al encontrarse en aquella terrible situacion, que era el colmo de su desgracia, no sabia si querellarse de su suerte ó si dar gracias á la Providencia, porque llevándole á morir iba á mitigar para siempre los crueles dolores que desde hacia dos años le hacia padecer primero la ausencia, despues el perjurio de Baltasara.

Dos dias permaneció en el calabozo sin ver á otra persona mas que á su carcelero, hombre brutal que, acostumbrado á tratar con seres indefensos, no sabia distinguir al criminal del inocente, y no guardaba á nadie el menor miramiento.

En la mañana del tercer dia se presentó en su calabozo el carcelero y le mandó que le siguiera.

Pedro estaba dispuesto á cumplir la palabra que habia empeñado á los cortesanos de Gante de dejarse despedazar antes que descubrir el secreto de su mision.

Para que no encontraran el cuerpo del delito al ser cogido por los guardias del alcalde en la venta que estaba cerca de Alcalá, arrojó al fuego el pliego confidencial del emperador Maximiliano, y á no ser por sus confesiones no podia saberse cuál era el plan de los conjurados, ni cuáles las instrucciones del monarca aleman á los nobles de Castilla.

Siguió á su carcelero, y atravesando los grandes claustros del edificio donde se hallaba entonces la Inquisicion, penetró en una sala cuyo aspecto era capaz de infundir pavor al alma menos cobarde.

La sala era muy grande, sus paredes estaban

cubiertas con tapices negros, el techo tambien estaba cubierto por un tapiz del mismo color.

Enfrente de la puerta que servia de entrada habia en la pared un Crucifijo de cuerpo entero. Delante una gran mesa cubierta con un tapete negro. Sobre ella ardian cuatro velas negras, y al lado de una calavera estaba abierto un libro de Evangelios.

Sentados á esta mesa, sobre grandes sitiales, habia tres sacerdotes.

El que se hallaba en medio era el inquisidor, los de los lados sus auxiliares, frailes los dos, y que con su actitud infundian respeto y armonizaban con el severo y pavoroso cuadro que ofrecia aquella sala, llamada sala de las acusaciones.

El carcelero y dos alguaciles que le seguian quedaron en la puerta.

Pedro entró.

— Avanzad, jóven, le dijo el inquisidor. ¿Cómo os llamais?

Pedro, acordándose de que el nombre de su familia nunca habia sido deshonrado, creyó deber mentir para librar de una mancha que seria eterna al apellido que habia recibido de sus padres.

— Me llamo Pedro, dijo.

— ¿Vuestro apellido?

— Sanchez.

— ¿Vuestra patria?

— Castilla.

— ¿De dónde veníais cuando fuísteis preso?

— De Madrid.

— ¿Pero no era en Madrid donde habíais residido antes?

— No.

— Segun la acusacion formulada contra vos, veníais de Alemania.

— He traspasado los Pirineos, pero no he estado nunca en Alemania.

— Tened presente lo que decís, porque se sabe de cierto que habeis residido en Alemania y que habeis traido á Castilla una mision criminal.

— Ignoro la acusacion que han hecho de mí, pero protesto solemnemente contra la que me haceis en este instante.

— ¿Cuál es vuestra profesion?

— He sido mucho tiempo lacayo de un hidalgo navarro. Me ha despedido, y volvia á Castila á buscar una nueva colocacion.

— Hay quien asegura que vuestro traje es un disfraz; confesad la verdad, y el tribunal os juzgará con mas benevolencia que si os obstinais en negar.

— He dicho la verdad y nada puedo añadir á mis palabras.

— Está bien, dijo el inquisidor; el verdugo os interrogará.

— Mis respuestas serán las mismas.

A una seña del inquisidor se adelantó el carcelero.

— Llevadle, le dijo, al cuarto del tormento y que el verdugo le interrogue aplicándole el suplicio de la cuerda.

Pedro siguió al carcelero y pocos minutos despues se halló en presencia del verdugo y ante el primer tormento.

Nuestros lectores nos permitirán una breve digresion, que nuestros sentimientos nos impelen á hacer, para arrojar el anatema cobre una institucion que durante tantos siglos ha sido la mano de hierro que ha sofocado el progreso, que ha contenido

la civilizacion, y que apasionada y cruel ha querido castigar delitos que, por graves que fueran, sobre todo al tratarse de herejías, lo eran mucho menos que el que ella misma cometia interpretando la ley de Dios, que es misericordioso, con la ceguedad mas abominable, con la parcialidad mas cruel, con el ensañamiento mas terrible.

Gloria á los hombres eminentes que abriendo campo á la inteligencia humana, que defendiendo con heroismo los principios santos de libertad y de justicia, han destruido y hundido para siempre un tribunal mas homicida que justiciero.

Horror y execracion á los jueces fanáticos que se complacian al ver martirizar á seres indefensos; horror y execracion á los que oyendo solo la delacion de la calumnia, confundian al criminal con el inocente, y asistian á su horrorosa ejecucion en medio de las llàmas; horror y execracion á los enemigos encarnizados del genio y de la verdad.

La sangre arde en las venas al recordar las pavorosas escenas que los que se llamaban ministros de la fe, promovian con sus atroces sentencias, y no puede menos de conmoverse el alma al pensar en las víctimas del fanatismo que perecieron al lado de los criminales en suplicios afrentosos, sin mas delito que su desgracia, su talento, ó su resistencia á la bárbara opresion de la ley de la fuerza entonces dominante.

Para que nuestros lectores puedan formar idea de la implacable sed de sangre del tribunal de la Inquisicion, para que puedan ver hasta dónde llevaban su crueldad los encargados de administrar justicia, vamos á referirles los tormentos que sufrió nuestro héroe, que no son mas que un ejemplo, que no son mas que uno de los castigos ordinarios que sufrian los condenados por la Inquisicion.

El cuarto del tormento era grande: sus paredes tenian ese color que las da el tiempo y el descuido.

En uno de los lienzos laterales se levantaba un pequeño altar con un Crucifijo.

Enfrente, á cierta distancia, se hallaba el tormento llamado de la cuerda.

Tres eran los que debia sufrir si antes no confesaba el crímen de que habia sido acusado: el tormento de la cuerda, el del agua, y el del fuego.

El inquisidor y sus auxiliares entraron poco despues que Pedro, y colocándose en un banco que habia cerca del altar, dieron órden al verdugo de que empezase su operacion.

Pedro pensaba en el perjurio de Baltasara, y no temia el suplicio.

El verdugo cogió una fuerte cuerda y ató con ella á la espalda las manos del reo. La cuerda, suspendida de una fuerte garrucha que colgaba del techo, tenia un cabo suelto, por medio del

cual podia hacerse subir al paciente hasta la altura de la misma garrucha.

Una vez ejecutada con Pedro la maniobra que hemos indicado, tiró el verdugo de la cuerda, y suspendiéndole en el aire, le preguntó segun costumbre :

— ¿Confesais que habeis sido criminal, confesais la mision que traíais al venir disfrazado de lacayo desde Alemania hasta Castilla ?

Pedro, que sufria atrozmente, porque las ligaduras de sus manos estaban apretadas con tal fuerza que desgarraban su piel, dijo con un acento de dolor inexplicable :

— No... no... he dicho la verdad.

El verdugo soltó la cuerda, y Pedro cayó desde una altura de diez piés, quedando suspendido á medio pié del pavimento.

A pesar de su entereza, no pudo menos de exhalar un agudo quejido.

El verdugo volvió á subirle.

— ¿Confesais, le dijo de nuevo, que habeis sido enviado para dar instrucciones á los conjurados de Castilla, que conspiran contra la tranquilidad del reino y contra la vida de su monarca?

— No, repitió el infeliz Pedro, sintiendo que la cuerda hacia brotar sangre de sus muñecas y penetraba hasta tocar sus huesos.

El verdugo volvió á soltarle, y esta operacion se repitió ocho veces sin que Pedro declarase.

Uno de los auxiliares del inquisidor, médico al mismo tiempo del tribunal, se levantó, examinó el estado del reo y declaró que habia peligro en continuar el tormento.

Pedro, desfallecido, sufriendo agudísimos dolores, fué soltado y conducido por dos criados del

verdugo hasta su calabozo, en donde le depositaron sobre su lecho.

El dolor físico calmó el dolor moral.

Durante cuatro dias padeció como no es posible imaginarse, como solo han padecido en el mundo los que cayendo en manos de la Inquisicion han sido sus víctimas, como solo han padecido los mártires.

El inquisidor comunicó al cardenal de España el resultado del primer tormento.

Pedro no habia confesado, habia resistido á la primera prueba, pero era de esperar que declarase al sufrir la segunda.

Al mismo tiempo que el verdugo laceraba sus miembros en Simancas, una mujer en Alcalá, en el templo de Dios y arrodillada ante la imágen de la Vírgen, la pedia con lágrimas en los ojos que velase por Pedro, que la alcanzase al menos su perdon.

Aquella mujer era Baltasara.

Pedro, dos dias despues, cuando mitigados un tanto sus dolores pudo dormir algunos instantes, vió en sueños á la jóven que implorando su perdon venia á ofrecerle la felicidad que habia esperado conseguir.

Al despertar llegó á su calabozo el carcelero para llevarle nuevamente á la presencia del tribunal.

Abandonémosle por un instante para volver nuestros ojos al cardenal de España, que lo dejamos camino de Sigüenza para asistir al conciliábulo de los nobles, que, como ya hemos dicho, debian reunirse para esperar á Pedro y recibir de su mano las instrucciones del soberano de Alemania.

CAPITULO XVIII.

LOS NOBLES DE CASTILLA.

Al dia siguiente del de la boda de Baltasara y de Francisco llegó el cardenal Ximenez de Cisneros á Sigüenza, y fué á aposentarse desde luego al palacio que tenia en aquella villa el conde de Ureña.

El noble conspirador le recibió con las mayores muestras de afecto y consideracion, noticiándole que aquella misma noche debian reunirse en su casa los nobles disidentes, que acudirian de todas partes á tomar órdenes, para volverse al dia siguiente á las ciudades de donde vendrian, y promover en ellas el movimiento que habia de coronar sus planes haciéndoles triunfar en sus deseos.

El cardenal, manifestando siempre hallarse decidido á obrar en su favor, le notició, fingiendo una gran pesadumbre, que el emisario habia sido preso en Alcalá y conducido no sabia dónde, pero seguramente á un calabozo de la Inquisicion.

Esta noticia alarmó al conde, quien despues de saberla fué de opinion de que debian apresurarse á tomar una medida definitiva, á obrar por cuenta propia, porque de lo contrario serian descubiertas sus intenciones y sus proyectos fracasarian.

Como habia anunciado, aquella misma noche

fueron llegando los conjurados, y el cardenal de España no tardó en verse rodeado de una porcion de nobles á los que conocia y que se daban el parabien de tenerlo á su lado.

Reunidos todos y noticiosos de la suerte que habia cabido al emisario del emperador, convinieron en que lo primero que debian hacer era averiguar su paradero, para lo cual sin pérdida de tiempo enviaron á sus criados en todas direcciones.

Al dia siguiente volvieron á reunirse, y el conde de Ureña les animó á llevar á cabo la empresa proyectada.

— El rey Fernando, dijo, debe llegar á Castilla de un instante á otro; su gobierno nos es perjudicial, y es necesario echarle abajo y proclamar al príncipe D. Carlos. Poco importa que no sepamos la voluntad del emperador, la nuestra es la que debe dominar. ¿Teneis tòdos valor para cumplir los compromisos que habeis contraido al jurar opo-

neros á la injusticia y el abuso con que trata á su nobleza el Rey Católico? ¿Creeis todos contar con suficientes medios para proclamar en toda Castilla al hijo de Felipe y de Dª. Juana?

Todos respondieron afirmativamente, y el cardenal, al ver la decision que manifestaban, temió por un instante no poder á su vez contar con los medios para sofocar la rebelion con la premura que el ardor de los nobles exigia.

Un escudero del marqués de Villena llegó con la noticia de que el emisario á quien aguardaban se encontraba en Simancas. Les dijo que habia sufrido el primer interrogatorio en el tormento y que hasta entonces nada habia confesado.

Esto les dió nuevo ánimo, y todos se separaron prometiéndose tenerse al corriente de sus operaciones.

La rebelion debia estallar en Salamanca cuando el rey regresase de Sevilla, y todos debian hallarse

en aquella ciudad un dia señalado con sus parciales, para imponer al monarca su voluntad.

El cardenal trató de mitigar el ansia que demostraban los conjurados, oponiendo á su ardor los consejos de la prudencia; y al ver que nada conseguia, para evitar á los nobles que cayera sobre ellos el peso de la ley, despues de haber descubierto sus intenciones, para poder obrar mas libremente y realizar la idea que al fingir asentir á sus proyectos se habia llevado de salvar á la monarquía española del peligro con que la amenazaba la ambicion y el orgullo de un puñado de reyezuelos, manifestó que por su parte permaneceria impasible dejándoles toda la responsabilidad de sus actos.

Este inesperado golpe que recibian les causó gran sorpresa y sobresalto, porque faltándoles el apoyo del cardenal no podian contar con que las masas secundaran sus ideas, y temerosos de que quisiera oponerse á sus fines con la fuerza del mismo modo que lo habia hecho con la razon, al hallarse lejos

de él concertaron que seria oportuno apoderarse de él, tenerle detenido en un castillo, y aunque tratándole siempre con los mayores miramientos, impedirle que obrase en contra suya.

Esta determinacion en los momentos críticos era de suma importancia, y convinieron en ejecutarla; pero en vano, porque cuando enviaron sus agentes á noticiarle la resolucion que habian tomado era ya tarde.

El cardenal habia salido de Sigüenza, y todos ignoraban la direccion que habia seguido.

Esta nueva complicacion los resolvió á activar la realizacion de los proyectos, y habiendo recibido un mensaje noticiándoles que el rey debia llegar á Salamanca, acordaron reunir gente y hallarse con ella en la ciudad donde el monarca pensaba detenerse para lanzar en ella el primer grito de rebelion.

El cardenal habia sabido tambien la próxima

llegada, y recelando que los nobles trataran de impedirle llevar á cabo sus proyectos salvadores, abandonó á Sigüenza precipitadamente y se dirigió á Salamanca, procurando ocultarse á los ojos de cuantos pudieran con su falta de prevision estorbarle de llegar á presencia del rey, y de acuerdo con él destruir la conjuracion que se aprestaba á minar su trono, y introduciendo la anarquía el desórden en los Estados de Castilla.

CAPITULO XIX.

EL SEGUNDO TORMENTO.

Pedro entretanto devoraba sus penas en el fondo de su calabozo, y sin ninguna esperanza pedia á Dios que le enviase la muerte, que era su único consuelo.

Su causa continuaba sus trámites, se habian despachado exhortos á todas partes, y las contestaciones afirmaban la acusacion de que habia sido objeto.

El cardenal, que deseaba á toda costa averiguar los planes del emperador en la creencia de que Pedro los sabria, pedia con instancia al tribunal que le obligase á confesarlos.

Fué llamado nuevamente á presencia de sus jueces, y respondiendo á las preguntas que le hicieron del mismo modo que la primera vez, fué condenado al segundo tormento, que era mucho mas terrible que el anterior.

Se llamaba el tormento del agua.

El reo, el tribunal y los verdugos volvieron á la sala donde habia sufrido Pedro el primer martirio.

Todo se hallaba preparado.

En medio de la habitacion habia un potro de madera, de forma acanalada lo suficiente para contener un cuerpo humano, y sin mas fondo que un grueso garrote sobre el que descansaban las espaldas del reo.

Pedro fué colocado en este atroz suplicio, y por medio de un mecanismo el barrote se levantaba por uno de los lados, quedando de este modo los piés á mas altura que la cabeza, lo que hacia refluir al cerebro toda la sangre del paciente.

En esta horrorosa posicion, le preguntó el verdugo si queria confesar, y Pedro, decidido á soportar los mas impíos tormentos antes que ser un delator, repitió lo que siempre habia dicho, que era inocente y que nunca escucharian de sus labios el secreto de su existencia.

Entonces el verdugo, levantando á mayor altura el barrote del potro, hizo experimentar al desgraciado Pedro los mas vivos dolores, primero porque

apenas podia respirar, y despues porque las ligaduras laceraban sus miembros.

— Piedad, exclamó Pedro con voz desfallecida... matadme de una vez.

El verdugo, impasible, continuó ejecutando su operacion.

Introdujo en la boca del reo un lienzo mojado, cuyas puntas cubrian sus narices. Despues comenzó á verter agua sobre el lienzo dejándola filtrarse lentamente.

De este modo el paciente no podia respirar; á cada instante hacia un esfuerzo para percibir un poco de aire, pero en vano, y las angustias que experimentaba no pueden describirse, solo inspiran horror y execracion para aquellos hombres que, hijos de un Dios misericordioso y benigno, destruian su obra ensañándose como las fieras, con mayor crueldad todavía.

Pedro sufrió el tormento durante diez minutos.

Cuando el verdugo sacó de su boca el lienzo que habia impedido la respiracion, descubrió en él manchas de sangre, por cuya causa se interrumpió la tortura, y Pedro fué enviado á su calabozo en un estado cadavérico.

Todavía no habia acabado su martirio: si no se confesaba reo, si no delataba á los que le habian confiado una mision política, tendria que soportar el martirio del fuego, mas horroroso todavía que los anteriores, mas terrible que la muerte.

El dolor físico le abatió de tal modo, que cayó en el lecho exánime, y fué preciso que para reponer sus fuerzas le prestase algunos auxilios la medicina.

Entretanto Baltasara y Francisco buscaban los medios de salvarle.

La jóven permanecia en Alcalá esperando á

su esposo, que habia salido en busca del cardenal.

Por fin llegó con la noticia de que podrian hallarle en Salamanca, y ambos se dirigieron á esta ciudad con la esperanza de que el prelado se apiadaria de su desgracia y libertando á Pedro calmaria su inquietud y su dolor.

Francisco habia jurado salvar á Pedro ó morir.

CAPITULO XX.

LA CONJURACION.

En los primeros dias del mes de agosto entró en Salamanca el rey D. Fernando, y casi al mismo tiempo que S. M. llegaron por distintos caminos el cardenal de España, el marqués de Villena, los

condes de Nájera y de Ureña, el duque del Infantado, otros muchos señores de Castilla, Francisco y Baltasara, y además un personaje de quien todavía no hemos hecho mas que una breve relacion, D. Diego de Guevara, hermano del triste prisionero, que aunque vivia retirado de los asuntos públicos y hacia mucho tiempo que carecia de noticias de Pedro, no por eso dejaba de estimarle.

Baltasara recordó que habitaba en Alcalá, y no encontrando al cardenal y no sabiendo á dónde dirigirse para buscar amigos, protectores á su amante, fué á verle, y con el llanto de la desesperacion le refirió la historia de sus amores con Pedro, le notició que estaba prisionero, y logró conmoverle hasta el punto de impulsarle á buscar por su parte los medios de salvar á su hermano.

Era ya viejo y estaba retirado de los hombres, pero en otro tiempo habia prestado grandes servi-

cios á la reina Isabel y nunca habia alegado sus méritos, razon por la cual se creia con derecho á ser oido del monarca.

Supo que era esperado en Salamanca, y abandonando su casa solariega se dirigió á la ciudad célebre mas tarde por su Universidad, y orgullosa con su magnífico puente sobre el Tormes, construido por los Romanos cuando pertenecia á su dominio.

El cardenal al dia siguiente de su arribo pidió al monarca una entrevista.

D. Fernando, que, como ya hemos dicho, estaba en la creencia de que el prelado de acuerdo con los nobles descontentos conspiraba contra él, extrañó mucho su deseo de verle; pero era tan respetable y tanta la influencia de que gozaba, que no era posible negarse á sus peticiones.

Accedió pues á su súplica, le recibió, y al despedirse de él, despues de haber escuchado sus

consejos, se quedó convencido de que era el cardenal el único hombre con quien debia contar para vencer la insurreccion que comenzaba á demostrarse, y que tanta energía y tanta fuerza necesitaba para ser combatida.

Ximenez de Cisneros supo por sus agentes que la noche anterior se habian reunido los nobles descontentos, y todas las señales amenazaban una próxima rebelion que era necesario evitar.

Al volver á su morada halló en la puerta á una mujer llorosa que le esperaba.

Al pronto no la reconoció, porque su rostro estaba pálido, y un velo de tristeza habia cubierto su natural hermosura.

Era Baltasara.

El cardenal y su ahijada penetraron en una de las habitaciones.

Antes de referir la escena que pasó entre la triste

jóven y el prelado, vamos á retroceder algunos pasos para asistir á la conjuracion de los nobles y conocer sus intenciones próximas á llegar á su realizacion.

El conde de Ureña, amigo y deudo del prior del convento de Franciscanos de la ciudad, que tambien se encontraba disgustado del gobierno del Rey Católico, le suplicó que recibiese en su celda á los nobles, conjurados contra el monarca, y accediendo á sus ruegos convocó á todos con el mayor sigilo.

Al dar las ánimas entraban en la iglesia del convento algunos embozados, y tomando agua bendita se arrodillaban separados unos de otros.

Poco despues apareció en la puerta de la sacristía un fraile que llevaba en su mano derecha una linterna.

Los embozados, mirando á todas partes, se fueron levantando y dirigiendo hácia la sacristía.

Al pasar junto al fraile, una ligera inclinacion de cabeza bastaba para que no se opusiese resistencia á su entrada.

Otro fraile, tambien con su linterna, los iba conduciendo á un subterráneo oscuro.

Cuando estuvieron todos dentro, se cerró la puerta por donde habian entrado; el fraile colocó la linterna, única luz que alumbraba aquel recinto, sobre un banco de piedra, y uno de los embozados, descubriéndose, dijo:

— España y Alemania.

A esta voz se desembozaron todos y contestaron repitiéndola.

Solo uno de ellos calló, y al comprender el sitio en que se hallaba y el objeto de los que estaban reunidos en el subterráneo, permaneció silencioso, y aprovechándose de la oscuridad se ocultó en un rincon para oir sin ser visto.

El conde de Ureña habló el primero; expuso los motivos que los nobles tenian para lanzar del trono al rey-regente, las vejaciones que habian sufrido, las intenciones que abrigaba el monarca de coartar sus facultades, de limitar su poder, y al mismo tiempo manifestó lo urgente que era separar las riendas del Estado de sus manos para ponerlas en las del heredero legítimo de la corona, el príncipe D. Carlos, auxiliado por la tutela de los hombres que se eligiesen para gobernar en su nombre.

Todos convinieron en la excelencia de este plan, y prometieron secundarle con sus vidas y haciendas; pero lo mas preciso era no perder tiempo, y se trató en seguida de los medios que debian emplearse para conseguir el fin que deseaban.

—Una gran parte de la plebe, dijo el marqués de Villena, es nuestra. Además no están lejos muchos de mis vasallos que podrán penetrar en la ciudad á una hora dada, y secundar el movimiento de las masas.

— Yo por mi parte, dijo el conde de Nájera, tambien tengo aprestados cien peones.

Cada cual fué exponiendo los elementos con que contaba para contribuir al fin de todos, y al ver que eran bastantes las fuerzas disponibles para hacer respetar sus decisiones, acordaron reunir en los extremos de la ciudad á sus respectivos vasallos, dirigirse los nobles al monarca, imponerle su voluntad y hacer entrar en Salamanca todas sus fuerzas á un mismo tiempo para que fueran acatadas sus resoluciones.

El golpe debia darse dos dias despues, cuando el monarca recibiera al pueblo para escuchar sus quejas y recibir sus solicitudes.

Despues trataron del órden de gobierno que deberian introducir en el Estado, y convinieron en enviar aquella misma noche un emisario al emperador, para que, acompañado de sus cortesanos, viniera á España sin pérdida de tiempo el príncipe D. Carlos.

Jurando todos con la diestra en la espada guardar secreto y llevar á cabo sus planes, se separaron; y el embozado, que estaba oculto, despues de haber sorprendido sus intenciones se confundió con ellos, y logró sin ser descubierto encontrarse en la puerta de la iglesia, desde donde por diversos caminos fueron desapareciendo los conjurados.

Al siguiente dia vió el cardenal al rey, y, como ya dijimos, al entrar en su morada halló en la puerta á Baltasara, que le esperaba con la mayor ansiedad.

CAPITULO XXI.

LA SÚPLICA.

Antes de dar noticia á nuestros lectores del resultado de los proyectos de los nobles, vamos á referirles la triste escena que tuvo lugar entre la desgraciada amante de Pedro de Guevara y su padrino.

La jóven cayó á los piés del cardenal.

— Señor, vengo á pediros una gracia, le dijo. Siempre habeis sido el ángel tutelar de mi familia, siempre habeis enjugado sus lágrimas y consolado sus desventuras. ¿Querréis ser para mí lo que habeis sido antes?

El prelado, que recordó lo que habia ocurrido despues de la ceremonia de su casamiento, profesándola, como la profesaba, un verdadero afecto, no pudo menos de conmoverse al escucharla.

— Habla, hija mia, la dijo; pídeme lo que quieras.

— Señor, antes de recibir vuestra bendicion, sin conoceros todavía os confié que amaba á un hombre que habia partido de mi lado, y que nunca habia vuelto á saber de él. «Te habrá olvidado, me dijísteis. Oye la voz de tus padres y únete al hombre que ellos te han elegido.» Seguí vuestro consejo, señor; pero mi amante no me habia olvi-

dado, al contrario me amaba, pensaba en mí, pero se hallaba prisionero en lejanos países, y no esperaba mas que el momento de venir á cumplir su juramento.

— ¿Y bien?

— Ha vuelto, señor.

— ¿Ha vuelto?

— Sí, ha vuelto á presenciar mis bodas.

— ¿Qué dices, Baltasara?

— Que él era el prisionero que habian conducido á vuestra presencia el mismo dia en que me bendijísteis, que él era el que, al salir del templo yo, recordándome mi perjurio hirió de muerte mi alma, que él es el que está preso no sé dónde, el que sufre los rigores de la justicia al mismo tiempo que los tormentos que le ha causado hallarme cuando ya no puedo cumplirle mis promesas, cuando ya no puedo ser suya.

— Hija mia.

— He venido á imploraros su perdon. No puede ser culpable, que no sufra.

— Has llegado muy tarde.

— ¡Tarde!... Ha muerto quizá.

— No, pero está acusado; él puede descubrir un secreto importante á la tranquilidad del reino, y se obstina en callarle. El tribunal le juzga y su sentencia...

— ¡Oh! por piedad... os juro que es inocente; vos no le conoceis como yo...

— Yo no puedo hacer nada...

— ¿Decís que es necesario que revele un secreto?

— Sí... solo eso podria salvarle de la muerte.

— ¿Os lastimais de mí?

— Quisiera consolarte.

— Pues bien, dad órden de que me lleven á su lado, yo le haré que confiese... yo salvaré su vida de este modo.

— Baltasara, no conoces que me pides que aumente su pena en vez de mitigarla.

— ¡ Ah ! no : yo le conozco, confesará, yo os lo prometo si vos me prometeis salvarle.

— Pues bien, irás á verle.

— ¡ Oh ! gracias... gracias...

— Podrás estar á su lado veinticuatro horas : si al cabo de ellas no descubre el secreto que el tribunal pretende adivinar, él saldrá para el suplicio.

— ¡ Oh ! no... no.

— Si confiesa la verdad, se abrirán para siempre las puertas de su prision.

— Que no pierda un momento, haced que me conduzcan á su lado, dijo la jóven, confiando en que llegaria á tiempo de libertarle.

El cardenal dió órden de que llevasen á Baltasara á Simancas, y ella, olvidándose de Francisco, de sus deberes, de todo, besando con reconocimiento la mano del prelado, se dispuso á emprender el viaje que debia proporcionarla el bien supremo de arrancar del suplicio al hombre á quien amaba.

El cardenal escribió un pliego, y entregándoselo al que debia acompañar á Baltasara hasta Simancas, los despachó, deseando á la jóven que saliera triunfante de su empresa.

— Si por este medio sabemos los proyectos del emperador, se dijo, justo será perdonar al reo y calmar la ansiedad de esa infeliz.

Baltasara y su guia salieron inmediatamente de Salamanca.

Cuando llegó Francisco á la posada en que habitaban, le dijeron de parte de su esposa que la esperara allí; iba á salvar á Pedro y volveria.

Francisco por su parte no podia abandonar la ciudad : habia creido hallar el medio de libertar al prisionero, y aguardaba el instante de conseguir la única dicha que podia y deseaba ofrecer á su esposa.

Esperó, y no tardó mucho en alcanzar lo que anhelaba.

No tardaremos en explicar sus intenciones : ahora será preciso que nuestros lectores nos acompañen á Simancas, donde dos dias despues se hallaron Baltasara y su amante, en los momentos en que los jueces de este se disponian á hacerle padecer el último tormento.

CAPITULO XXII.

EL PERDON.

Era al anochecer.

Pedro, recostado en su lecho, oraba, porque solo en la religion encontraba consuelo su lacerado espíritu.

De pronto oyó descorrerse el cerrojo de la puerta de su calabozo, y al escuchar aquel ruido que le recordaba el tormento, se estremeció.

El carcelero se presentó en la puerta con una tea encendida.

— ¿Dónde está, dónde está? dijo una voz que resonó en lo mas íntimo del alma del pobre prisionero, haciéndole levantarse instintivamente.

Un segundo despues, recibia en sus brazos á una mujer.

— ¡Pedro! dijo ella al estrecharle.

— ¡Baltasara! exclamó el infeliz.

El cuadro que ofrecian las tres personas que habia en el calabozo era conmovedor.

Pedro y Baltasara, enlazados con sus brazos y confundiendo sus lágrimas, se hallaban en primer término. Con ellos contrastaba la figura asquerosa

del carcelaro iluminando con la tea el primer grupo, y su rostro impasible.

— Vengo á saludarte, dijo la jóven desasiéndose de sus brazos.

Pedro, pasada ya la primera emocion, recordó que su amada habia jurado á otro hombre ante el altar de Dios fidelidad eterna, y con un acento de profunda amargura la contestó :

— Ya es tarde.

— No... no lo creas... yo tengo en mi poder los medios de librarte de la muerte.

— ¿Y para qué quiero vivir? murmuró Pedro.

Esta frase recordó á Baltasera su perjurio, y bajando los ojos y cayendo de rodillas á sus piés :

— Pedro, le dijo..... soy muy desventurada..... ¿no tendrás compasion de mí, no me perdonarás ?

— Te he perdonado ya... ¿á qué vienes á turbar los últimos momentos de mi vida?

— Apiádate de mi dolor...

— ¿Te has apiadado tú del mio?

Baltasara le refirió la historia de su alma durante los dos años de su ausencia, le pintó su ansiedad, los ruegos de sus padres, la gratitud que debia á Francisco; y Pedro, al escucharla, no pudo menos de convencerse de que era á su desgracia á quien debia culpar.

No habiendo recibido la carta que la escribió desde el castillo de Gante, le habia considerado como muerto ó perjuro, y ella tambien se habia sacrificado.

Los dos acabaron por llorar su mal, que era uno solo; pero en vano pudo lograr la jóven que su amante rompiera su silencio, único modo de librarse de los martirios y de la muerte que le amenazaban.

— Nunca he faltado á mis juramentos, la dijo, y he jurado de no delatar á los que me han abierto las puertas de mi prision, facilitándome los medios de volver á tu lado.

Baltasara rogó, lloró, hizo cuantos esfuerzos son imaginables para vencer su obstinacion : todo fué inútil.

El carcelero, que los habia dejado solos, volvió para llevarse á Pedro.

Por la tercera vez iban á interrogarle, y fué preciso que se separaran.

— Quiero ir contigo, dijo Baltasara, quiero sufrir tu misma suerte.

El carcelero lo impidió, y Pedro salió conducido por él. Baltasara quedó en el calabozo.

Media hora despues volvió Pedro, sin haber confesado.

El tribunal, en vista de su obstinacion, le condenó á sufrir el tercer tormento, y al dia siguiente, si no se arrepentia y declaraba, volverian á buscarle para conducirle al suplicio.

Segun la órden del cardenal, podia Baltasara permanecer á su lado.

Toda la noche arrodillada á sus piés, imploró de su amante que cediese á sus ruegos, que salvase su vida.

Nada pudo domar la voluntad de Pedro, y al dia siguiente, como le habian anunciado, entró el carcelero para llevarle al tormento.

Baltasara pudo seguirlos, y el aspecto de la sala del suplicio la horrorizó.

De nuevo suplicó á Pedro que confesase: su presencia le daba mayores ánimos.

Los jueces llegaron, y el verdugo se dispuso á aplicar el tormento al delincuente.

Aquella vez debia ser el fuego quien le martirizase.

Una gran hoguera se hallaba delante de un banco.

Pedro fué sentado en él, y sus brazos y sus piés fueron atados para que no pudiera moverse.

Baltasara, cayendo de rodillas, imploró de los jueces que le perdonasen; rogó otra vez á Pedro que delatase á los culpables.

Sus voces fueron sofocadas por la del inquisidor, que la mandó callar si no queria ser expulsada de aquel sitio.

Baltasara contuvo sus gemidos, pero sufria horriblemente y el corazon queria saltársele del pecho.

El verdugo untó lòs piés de Pedro con aceite, y colocándole delante de la hoguera le preguntó como en la veces anteriores.

El dolor que experimentó al sentir la accion del fuego le hizo exhalar un grito penetrante.

Matadme... matadme, dijo.

Baltasara, sin poder contenerse, desafiando la ira del tribunal corrió á abrazarle colocándose delante de las llamas.

Los verdugos los separaron de la hoguera, y el tribunal sentenció á Pedro á ser lanzado al fuego.

Este golpe fué mas terrible para Baltasara que todos los que habia recibido, porque al mismo tiempo dieron la órden de que se separase de ella y fuese conducido á la capilla de los sentenciados á muerte.

Baltasara le abrazó fuertemente, y en vano trataron de arrancarla de sus brazos.

Los verdugos luchaban con ella; ya habian logrado separarla de Pedro, iban á arrebatárselo

para siempre, cuando se presentó en la puerta un hombre gritando:

— El perdon... el perdon...

Se dirigió al inquisidor, le entregó un pliego en donde se veian las armas de Castilla y el sello del monarca.

Despues buscando á Baltasara, corrió hácia ella, y abrazándola dijo:

— Le he salvado... he cumplido mi palabra... ¿me perdonas ahora el haberte hecho desgraciada?

Baltasara le reconoció: era Francisco.

El pliego que habia entregado al inquisidor era una órden del rey mandando que le pusiera en libertad.

¿Cómo habia alcanzado Francisco aquella gracia?

La rebelion de los nobles habia fracasado. Al presentarse al rey para pedirle que abdicara en su nieto sus derechos, los arcabuceros del monarca, preparados de antemano, se habian apoderado de los perturbadores, sorprendidos sus vasallos habian tenido que huir, y el golpe que se proponian dar al soberano lo habian recibido ellos.

Este triunfo de la causa legítima no lo habia alcanzado ni la prevision del rey ni la sagacidad del cardenal de España.

Un hombre desconocido habia asistido sin ser visto á la reunion de los conjurados y habia descubierto sus planes.

Noticiándolos al monarca, habia salvado su trono y la tranquilidad del reino.

Este hombre habia sido Francisco.

La única gracia que pedia en premio de su accion era la libertad de Pedro, y al concedérsela el

monarca todavía le parecia poco, porque estimaba en mucho mas el beneficio que le habia dispensado.

Los nobles fueron castigados, sus bienes confiscados; y la soberanía real, apoyada con la influencia del cardenal de España, fué mas grande que nunca, y preparó el terreno para que la regencia de Ximenez de Cisneros y el reinado de Carlos Quinto fueran dos épocas de esplendor para la nacion española.

CAPITULO ULTIMO.

CONCLUSION.

Pedro debió su libertad al hombre que le habia robado toda la dicha que ambicionaba en el mundo.

Baltasara le debia la vida de su amante.

Él, sin embargo, conocia que aquellos dos seres separados por él podian haber sido muy dichosos.

Su obra no habia concluido; no bastaba que les hubiera conservado la vida.

Pedro, hallando en los brazos de su hermano D. Diego un amparo eficaz, pasó algun tiempo á su lado, siempre llorando la pérdida de Baltasara.

La jóven y su esposo volvieron á Alcalá.

Su tristeza era profunda.

Los tres se amaban, se debian gratitud, y sin embargo cada cual era un obstáculo de la felicidad de los demás

El cardenal Cisneros, que proyectaba la conquista de Oran, se decidió á llevar las huestes españolas á las llanuras de África.

Pedro y Francisco le acompañaron en su gloriosa expedicion.

Baltasara quedó en Alcalá orando por los dos.

Su martirio debia tener fin.

Pedro volvió victorioso, Francisco habia perecido en la pelea; pero antes de morir habia llamado á Pedro y le habia rogado que uniéndose á Baltasara la hiciese venturosa.

Dos años despues, el cardenal bendijo la union de Pedro y Baltasara.

Los dos conservaban en su memoria el recuerdo de Francisco, su abnegacion, y lloraban su muerte, porque además de los inmensos sacrificios que habia hecho por ellos, le debian la felicidad que su amor tan combatido por la desgracia ofrecia á sus almas.

Muerto D. Diego de Guevara sin descedientes pasó su herencia á Pedro; y mas tarde, al referir, como

pensamos hacerlo, *Los primeros amores de Carlos Quinto,* volveremos á hallarle al lado de su esposa.

La felicidad les habia costado muy cara, pero el Cielo coronaba su abnegacion y su martirio otorgándoles una hija que les hizo olvidar todos los tormentos que habian padecido.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL ÍNDICE.

Be-anzon. — Imprenta de Roblot.